

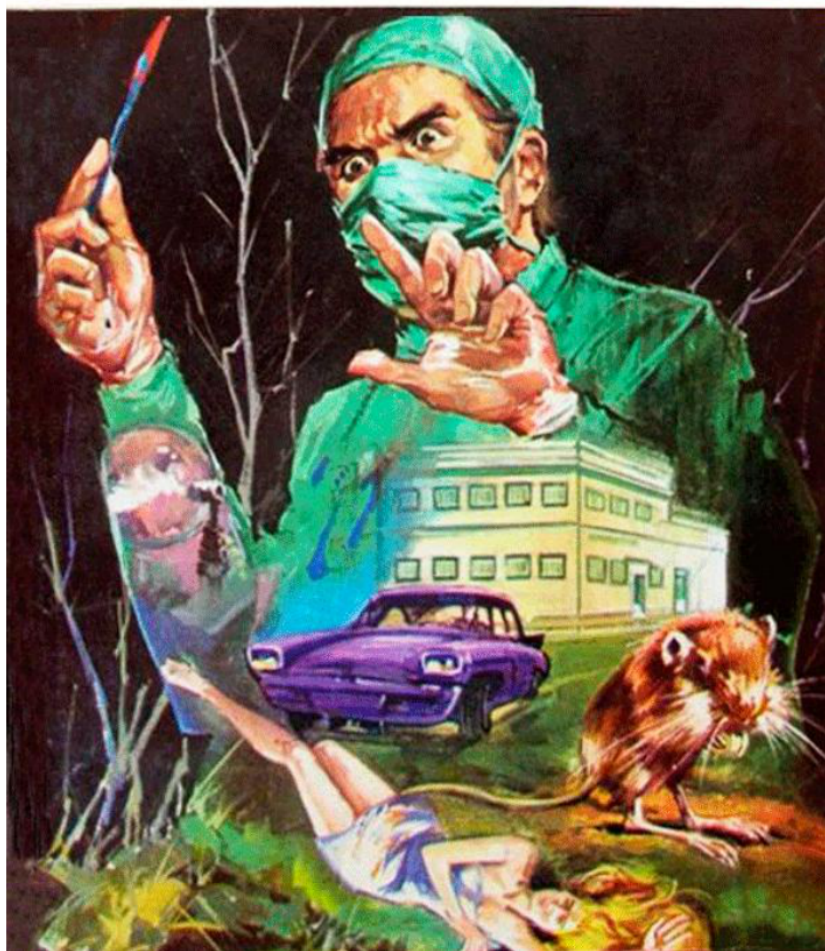
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

jaula para un ratón ciego

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**JAULA PARA
UN RATON CIEGO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 554
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Dépósito legal: B 43.571 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1972

© CURTIS GARLAND, 1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.159. — El signo 13 del zodiaco.

En Colección PUNTO ROJO:

542. — El pez de los ojos de oro.

CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el claxon a su espalda. Se apartó, subiendo al bordillo de la acera.

El automóvil se alejó en la noche. Sus luces de atrás brillaron hasta perderse en la distancia. Se alejó también el ruido del motor.

Ruido... Era agradable oír ruidos, después de todo.

La gente se quejaba de muchas cosas, y no siempre tenía razón. Contaminación, ruidos, molestias...

No, no siempre tenían razón en quejarse. El ruido podía ser incluso hermoso. Lo era a veces. Más, mucho más que el silencio. Que el silencio total, especialmente...

Él sabía eso. Lo sabía muy bien. Ahora, cada ruido, cada sonido, tenía para él un encanto especial. Aquel claxon, el motor del coche, el roce de las ruedas en el asfalto... Incluso eso podía resultar hermoso, cuando se ha vivido en el silencio.

Y él acababa de abandonar el silencio. El dejaba atrás ese mundo sin sonidos que era el aislamiento de todo ruido, de toda vibración acústica. El, por fin, volvía a oír...

Instintivamente, se tocó su pequeño audífono, adherido a la parte posterior de la oreja, y conectado, por medio de delgados cables, a la batería de su bolsillo superior, en la chaqueta. Aquello le permitía oír, por el milagro de los diminutos transistores, sin que a primera vista pudiese nadie advertir cosa anormal alguna.

A pesar de ello, seguían inquietándole los sonidos de claxon, los chirridos de las llantas de neumáticos en el asfalto. Eran un recuerdo demasiado doloroso para él. El recuerdo de su infortunio, de lo que pudo ser un desastre irremediable. La sordera definitiva y total, como mínimo. La muerte, como riesgo supremo.

Se había librado de morir. También de la sordera. Eso era importante. Muy importante. Ahora volvía a ser él mismo. No importaba la lesión de oído. No importaba el tiempo transcurrido

con sus lesiones de cráneo, con sus desgarros en los oídos. Ya no. Había salido con vida. Y, además, volvía a oír. Aunque fuese por medio de aquel pequeño receptáculo eléctrico, adherido a su oreja.

Sonrió para sí, caminando junto a la larga valla de ladrillos que formaba cerco en torno al gran recinto sanitario. Algo más allá, la mancha rectangular de luz de una cabina telefónica, aislada en la amplia calle alumbrada de trecho en trecho. Al lado opuesto de la calle, los setos, la arboleda. Y más allá, la alameda, la playa y los *bungalows*.

Ahora ya no circulaba ningún automóvil. Era una zona poco frecuentada. El lateral del recinto sanitario, y la entrada de personal a la moderna, amplia y deslumbrante ciudad sanatorial. De día, circulaban bastantes vehículos, todos ellos en dirección a las playas y centros náuticos. De noche, era un sitio tranquilo. Además, los indicadores, que señalaban la vecindad del complejo hospitalario, inducían a los vehículos a reducir al mínimo sus ruidos.

El profesor Olaf Bergman se pasó una mano tranquila por sus cabellos blancos, ondulados y crespos, que brillaban como plata, heridos por las luces azules de los altos postes de alumbrado callejero.

Por su mente, mientras avanzaba, desfilaron viejos recuerdos. No tan viejos, pero muy distantes en su memoria. Como si en medio de todo ello, hubiera existido un largo paréntesis, hecho de amargura y de inquietud, de dolor y de olvidos.

El paréntesis de su internamiento en la clínica, de su recuperación tras la gravedad inicial, de las primeras noticias sobre su pérdida del sentido del oído... Y por fin, la recuperación parcial, la esperanza del mecanismo eléctrico para volver a percibir sonidos y salir del abismo del silencio...

Sí, todo había sido duro. Muy duro para él. Pero ahora quedaba atrás. Aunque fuese artificialmente, aunque se tratara de un simple ingenio que, una vez desconectado le devolvía al mundo sin sonidos, al menos podía oír, podía formar parte de la vida, del mundo, de lo cotidiano. Seguir siendo uno más. Como todos. Inmerso en lo de todos.

Olaf Bergman, profesor en Biología, estaba aún convaleciente. Pero quería volver al trabajo. Había hablado ya con la dirección. No se conformaba con ir a recoger a su hija Mónica y regresar con ella

a casa, ir a un teatro o pasar un fin de semana fuera, en las costas apacibles, cosmopolitas, repletas de turistas.

No, eso no era suficiente para un hombre como él. Quería volver a su laboratorio, a sus cobayas, a sus estudios y experimentos. Quería seguir siendo útil a los demás, seguir siendo quien siempre había sido.

Faltaba poco para eso. Muy poco. Posiblemente aquella misma semana reanudase su trabajo. Se sentía fuerte, seguro de sí. Olvidaba, poco a poco, su trauma y las consecuencias de éste.

Allá, a sus espaldas, en el cruce de la autovía, siempre frecuentada de vehículos con prisa, sonó un largo chirrido de frenos, un patinazo de neumáticos en el asfalto... Cerró los ojos un momento, se detuvo, agitado.

Y recordó...

Recordó una serie de sonidos semejantes. Dos coches, una niña cruzando la calzada, los ojos de horror de la criatura, los coches precipitándose sobre ella, en su propio afán de evitar el desastre. Imposibilitados los conductores de impedir la tragedia...

Y él, con toda su edad, pero con su vigor físico, su tremenda energía. El, saltando adelante, con una serie de reflejos pasmosa. Arrojándose entre los vehículos, empujando violentamente a la niña, que rodó lejos, fuera del alcance de los neumáticos...

Nuevos chirridos, un choque, las ruedas alcanzándole en el rostro, en el cuerpo...

Luego, nada. Sangre, aturdimiento, dolor. Inconsciencia final, vago recuerdo de sirena de ambulancia, luces de un quirófano, manos de un cirujano, intervención quirúrgica. La terrible noticia, borrosamente perdida en la bruma de su vaga consciencia:

—Perderá el oído... Las lesiones son graves. Pero al menos, salvará la vida...

Y, cuando menos, el consuelo, la noticia tierna, emotiva, feliz:

—De no haber sido por él... Pobre criatura. Nadie hubiera podido salvarla. Ahora, está ilesa. Es como un milagro...

Sí. Había sido un milagro. Y ese milagro, tenía un nombre: profesor Olaf Bergman. Eso era hermoso. Lo era, aun a cambio de tan alto precio como era su oído...

Respiró con fuerza. Abrió los ojos. Todo había pasado. El accidente, la niña a salvo, sus heridas, su gravedad. Todo. Quedaba

atrás.

Pasó frente al club nocturno situado al lado opuesto de la calle. El parpadeo de luces fluorescentes, lívidas, entre los altos setos y la arboleda, era todo lo que señalaba su presencia. Eso, y un leve, lejano bullicio de música *pop*, allá en su interior. Dejó atrás la luz blanca y deslumbrante de la cabina telefónica callejera. Consultó su reloj, al resplandor de la iluminación del recinto de vidrio y aluminio.

Las ocho y media.

Mónica estaría saliendo ya del edificio de Cirugía. Había terminado su turno habitual. No tendría que esperarla mucho tiempo.

Del club nocturno, salió alguien. El profesor Bergman miró de reojo, con mecánica curiosidad. Era una mujer. Una mujer sola. Había muchas en el local. Y no todas de aspecto demasiado honorable. Esta de ahora, ciertamente, no lo era tampoco.

Joven, sí. Y atractiva, sin duda alguna. El profesor se dijo que era la clase de chica que buscan los que van a tal clase de lugares. Posiblemente turista, rubia, voluptuosa. Vestía falda muy corta. Piernas bronceadas por el sol del litoral: bien formadas, de muslos firmes. Blusa desabotonada, exhibiendo las prominencias de unos senos agresivos. Su modo de andar era sensual, su aire lascivo. Además, debía haber bebido alguna copa de más. Tropezó con el bordillo de los setos, y maldijo entre dientes, con disgusto, inclinándose a tocar su tobillo dañado. Eso hizo que la blusa resultara insuficiente para retener la exuberancia de sus pechos.

Olaf Bergman sonrió, sacudiendo la cabeza. Siguió adelante. La chica buscaba con los ojos algo o a alguien. Posiblemente un coche. Su edad había pasado ya el meridiano en que uno se preocupa demasiado por cierta clase de mujeres.

El profesor no miró atrás durante unos ocho o diez pasos de su camino. Eso le hizo perderse detalles fundamentales de lo que luego sucedió en la calle apacible y solitaria.

No pudo ver la figura fundida en la sombra, entre setos y árboles, ante el club nocturno. Tampoco la mano de alguien, empuñando algo afilado, centelleante. Una cortante, fina, incisiva hoja de acero...

La mano estaba enguantada. Guantes de goma. Goma

transparente, ajustada. Guantes de cirugía. El instrumento cortante, estrecho y afilado. Como un bisturí.

De pronto, la figura saltó fuera de la zona de sombras. Se interpuso en el camino de la rubia turista de formas voluptuosas.

Ella alzó los ojos. Los dilató, asombrada. Emitió un repentino grito ronco, que luego se hizo agudo...

Esta vez, sí. Bergman captó el grito. Giró la cabeza, alarmado.

Su horror no conoció límites.

Vio la figura inclinada sobre la mujer rubia, de formas exuberantes. Vio el amia afilada, el acero cortante, elevándose incisivo, una y otra vez. Cada vez que caía, saltaba algo rojo, violentamente. Y un nuevo tajo, largo y profundo, se abría en el rostro, en el cuello, en los senos, en los brazos, en el estómago desnudo, incluso en los muslos de la infortunada mujer.

—¡Eh! —aulló Bergman—. ¿Qué significa...?

La víctima, demudada, con los ojos desorbitados, fijos en su asesino, empezaba a desplomarse. Sólo atinaba a gemir, con la boca convulsa, torcida:

—Tú... tú... Pero... ¿por qué? ¿Por qué...?

Su voz se ahogó en un vómito de sangre. El último tajo había hendido su garganta, penetrando en las arterias, alcanzando la tráquea.

Cayó, horriblemente encogida, bañada en rojo violento, hendida a cortes mortíferos. El asesino, erguido ante ella, salpicándose sus ropas de sangre, retrocedió con viveza, el bisturí tinto en sangre.

Bergman chilló, precipitándose hacia la calzada, dispuesto a acudir, pese a su edad, en ayuda de la víctima, precipitándose sobre el asesino.

No tuvo suerte. O tal vez sí. Lo cierto es que en su precipitación, no vio la farola. Se golpeó duramente contra ella, perdió el equilibrio, cayó de bruces, golpeándose el rostro y la cabeza en el asfalto, junto al bordillo.

De su oreja se desprendió violentamente el auricular de plástico blanco. Quedó caído en la calzada, junto al bordillo. Repentinamente todo quedó silencioso para él. Fue como asistir a una espantosa película silente. O como presenciar algo a través de un vidrio espeso, que impide pasar todo sonido.

Allá, al otro lado de la calle, el rabio cuerpo turgente, sacudido

espasmódicamente por las convulsiones de la muerte. Unos pies calzados de oscuro, unos pantalones, unas piernas largas, una especie de corta bata verde, manchada de sangre. Manos enguantadas en goma, dedos tintos en sangre, como el bisturí.

El asesino, a la carrera. Empezando la huida hacia la acera donde yacía Bergman. Como si fuese hacia él.

El profesor veía todo a ras del asfalto mismo, desde su visual violenta, forzada, pugnando a la vez por incorporarse, por recuperar su aparatito, fracasando en ambas cosas por sus propios nervios.

Y el asesino, corriendo hacia él.

Pero no le atacó. Se limitó a rebasarlo, corriendo a la desesperada. Los zapatos pasaron rápidos ante los ojos dilatados del profesor. Hubo un crujido seco, que él no pudo oír.

El tacón del asesino en fuga, había pisado el auricular, incluso sin advertirlo. El pequeño adminículo, imprescindible para que Bergman pudiera oír estaba roto. Quebrado en varios pedazos.

Lo contempló, desolado. Con la angustia de quien ve que ha perdido totalmente la posibilidad de oír sonidos, de quién se ve condenado al silencio.

—Cielos, no —jadeó—. ¡Asesino!

Se incorporó a medias. Miró al otro lado de la calle. Recuperó su auricular roto. Lo contempló. Miró atrás, al asesino, que se perdía en las sombras, junto a la valla roja de la Ciudad Sanatorial.

Intentó conectar el auricular. Nada. Silencio. No funcionaba. Lo tiró con ira. Corrió hacia la víctima. Llegó ante ella. Se detuvo ante la figura convulsa, agonizante. Unos ojos trémulos, desorbitados, se fijaban en él, desde la faz llena de sangre. La víctima, entre borbotones de sangre, emitió sonidos, gritó, habló algo. Sus labios modularon palabras, pronunciaron algo.

Una frase. Un nombre. El nombre del asesino.

Bergman, exasperado, trató de leer en aquellos labios, de entender algo. Sabía que le estaban diciendo algo trascendente, algo definitivo.

Imposible. No entendió nada. No captó nada. Otros sordos podían hacerlo. El, no; él no tenía experiencia siquiera. Era poco tiempo el que llevaba sordo. No sabía leer en los movimientos de labios. Y no oía nada. Absolutamente nada.

Desesperado, miró a su alrededor. No vio a nadie, no supo si

había ruidos o no. Para él, todo era silencio.

Se inclinó. Trató de ayudar a la víctima. Se manchó de sangre las manos, pero no le importó. Insistió, tratando de entender a la víctima.

Inútil. Ella estaba ya muerta. Los ojos, vidriados. La boca, crispada. Yacía sobre un charco escarlata. Todo había terminado.

—Dios mío... —gimió—. Pobre muchacha.

Se irguió, angustiado. Miró en derredor. Estaba solo en la calle. Corrió a través de la calzada nuevamente. Su vista, fija en la cabina telefónica. Entró en ella. Miró los números de urgencia, señalados en un adhesivo. La policía...

Sí, la policía. Tenía que llamar.

Introdujo unas monedas. Descolgó el auricular. Sintió un estremecimiento. No oía nada. Ni siquiera la señal de llamar. Pero imaginó que estaría ya funcionando. De modo que empezó a marcar. No oía nada. Ni el girar del disco, ni el aliento entrecortado de su boca ni el menor ruido en torno. En su angustioso mundo silente, era como luchar contra todas las adversidades posibles.

Terminó de marcar. Esperó. Unos segundos. Pocos. No podía saber si le atendían ya. No podía oír voces por el auricular. Ni si comunicaba o no. Nada de nada. No sabía nada de lo que sucedía en el teléfono. No debió utilizarlo. Pero tampoco se le había ocurrido otra cosa.

Cuando creyó que había transcurrido un período prudencial y alguien estaría atendiendo su llamada al otro extremo del hilo, resolvió hablar. Hablar, sin escucharse ni siquiera a sí mismo, en un esfuerzo desesperado por informar, por notificar a alguien de todo lo sucedido:

—¡Oiga! ¡Oiga, por favor! ¡Es importante, es muy urgente! ¡He visto morir a una mujer! ¡Han asesinado a una mujer, aquí mismo, enfrente de la Ciudad Sanatorial, en Parkway Road! ¡Sí, yo lo he visto con mis propios ojos! ¡Soy Olaf Bergman, profesor de Biología! ¡No puedo escuchar nada, soy sordo! ¡Pero he sido testigo del crimen, vengan lo antes posible! ¡El asesino ha escapado!

En algo se equivocaba el profesor Bergman. El asesino no había escapado. No aún.

Se había detenido en una zona de sombras, junto al hospital. Miraba a la cabina de teléfonos, fuertemente iluminada. Y al

profesor, dentro, hablando por teléfono, intentando comunicar, hacerse oír por alguien.

Los ojos del asesino brillaron siniestramente, fijos en la cabina telefónica. Y, especialmente, en un rótulo adherido en el exterior, sobre el vidrio. Un rótulo que, en su excitación, no había visto el profesor Bergman, cuando entró a utilizar el teléfono:

«AVERÍA. NO FUNCIONA»

El asesino apretó con fuerza el bisturí. Y se movió lenta, implacable, sigilosamente, hacia la cabina telefónica.

CAPÍTULO II

Un paso, otro, otro...

Paso a paso, el asesino avanzaba. La cabina estaba cerca. Su luz hacía centellear el ensangrentado bisturí. Y las pupilas frías y despiadadas del criminal. Dentro, el profesor luchaba con su silencio terrible, agobiante. Convencido de que allá, al otro extremo del hilo, una voz, un operador de la policía, captaba su llamada angustiada.

No. Él no podía oír el zumbido intermitente del teléfono, anunciando la avería que lo mantenía totalmente desconectado, que convertía en algo inútil, dramática y peligrosamente inútil, su llamada de urgencia.

Y el asesino, entretanto, se movía hacia él, inexorable. Dispuesto a descargar nuevamente su golpe mortífero, sangriento y terrible.

La cabina telefónica, cada vez estaba más próxima. Y el profesor no podía escuchar aquellas pisadas, intuir aquella siniestra presencia a su espalda, más allá de la puerta de vidrio de la cabina crudamente iluminada.

La muerte estaba cerca. Muy cerca.

De pronto, todo se alteró. Providencialmente para Olaf Bergman, cambió la decoración para él. Aunque siguiera sin enterarse de ello.

Fue un largo, brusco chirrido, el que sobresaltó al asesino. Giró la cabeza. Sus ojos descubrieron en el lado opuesto de la calle, un automóvil descapotable, deportivo. Cuatro jóvenes ocupaban sus asientos, apiñadamente. Jóvenes de deportiva indumentaria y alegre aspecto.

—¡Eh, mirad! —gritó uno—. ¡Debió ser un accidente!

—¡Una chica ensangrentada! —añadió otro—. Quizá esté muerta.

—Y el cerdo que lo hizo escapó —sonó la voz de un tercero.

Saltaron del coche, por encima de las portezuelas, para asistir

rápidamente a la persona caída. El asesino apretó los labios. Retrocedió, con fría ira. Regresó a la zona en sombras de la calle.

Sus ojos se clavaron en la cabina telefónica. El profesor había visto al coche recién detenido. Salió rápidamente de la cabina. Sus ojos vieron el rótulo entonces. Juró entre dientes. Gritó a los jóvenes, agitando un brazo:

—¡Eh, esperen, esperen! —voceó—. ¡Yo les explicaré! ¡Es... es un asesinato!

Los jóvenes, con desconfianza y sobresalto, se volvieron hacia él, le vieron llegar a la carrera.

El asesino ya nada tenía que hacer allí. Siguió retrocediendo, en tanto el profesor Bergman se reunía con los jóvenes.

Alcanzó una puerta metálica. Sobre ella, se veía un rótulo en placa de latón:

«CIUDAD SANATORIAL. ENTRADA DE SERVICIO.
PROHIBIDO EL ACCESO A TODA PERSONA AJENA AL
ESTABLECIMIENTO SANITARIO».

Estaba herméticamente cerrada. El asesino de guantes de goma extrajo algo de sus ropas: una pequeña llave plana. La introdujo en la cerradura de la puerta. La hizo girar suavemente. La puerta estaba abierta. Cedió, sin ruido. Estaba bien engrasada, sin duda alguna.

Entreabrió. Asomó. Escudriñó el interior. Luces, muchas luces. Deslumbrantes, frías y asépticas masas de luz blanca o azul. Edificios, pabellones, vidrieras enormes, de luz cegadora. Todo moderno, lineal, gélido. Avenidas y paseos entre setos, césped, parterres. Una auténtica ciudad hospitalaria.

Pasó al interior. Cerró con llave, nuevamente. Avanzó la figura, pegada al muro. Hasta un camino, entre setos, donde se leía:

«PABELLÓN QUIRÚRGICO. PASO DE SERVICIO».

Avanzó por él. Llegó a una enorme puerta vidriera. Pasaban dos enfermeros con una camilla rodante. El asesino se deslizó, rápido, a un lado. Se ocultó. Llevaba gorro verde, verde paño sobre el rostro, verde bata corta, pantalones blancos, calzado de goma. Ropas de cirujano. La sangre salpicaba su bata verde, sus guantes, incluso su

pañó facial, atado al cuello.

Pasaron los enfermeros. Se perdieron camino de los quirófanos. Entró luego el asesino. Rápido, avanzó por un corredor. El bisturí estaba dentro de su bolsillo. Se movió con firme seguridad. Pasillos blancos, asépticos, deslumbrantes.

Nadie se cruzó con el siniestro personaje. Éste pasó bajo un indicador luminoso, en el que se leía:

«ACCESO A LOS QUIRÓFANOS DE EMERGENCIAS».

Empujó la puerta, avanzó.

Un quirófano mostraba luz roja... Estaban operando. Hacia allá se movió el asesino. No entró por la puerta del quirófano. Avanzó, desplazándose hacia otra puerta inmediata, donde se leía:

«SERVICIOS Y LAVABOS DE CIRUGÍA».

Empujó los batientes. Entró. Las hojas de la puerta oscilaron tras la figura de bata verde, siniestramente manchada de una sangre que, ciertamente, no era de cirugía.

—Doctor Martin, ya puede continuar.

—Sí, gracias, Mónica.

Sonrió cansadamente a la enfermera Mónica Bergman. Tiró la bata manchada de sangre a un recipiente de prendas sucias, y ayudado por ella se puso una nueva bata verde, limpia, sin manchas de color rojo oscuro.

También nuevos guantes esterilizados, paño para el rostro, gorro para sus cabellos oscuros y revueltos.

—¿Cómo reaccionó el paciente a la primera interrogación? —quiso saber.

—Bien —suspiró Mónica—. No creo que haya complicaciones en eso, doctor Martin.

—Esperemos que tampoco las haya ahora. Era preciso demorar la segunda intervención, esperar a que el suero y la transfusión den resultado positivo y se reduzca su irregularidad cardíaca.

—Claro, doctor Martin. El doctor Russell opina que hizo usted muy bien en actuar así. El paciente no hubiera soportado dos intervenciones continuadas, dada su extrema gravedad y su débil

estado. Es posible que ahora salga adelante.

—Esperémoslo, Mónica —suspiró el joven médico, con expresión pensativa.

—Doctor, antes estuve buscándole, para ofrecerle una taza de café.

—Se lo agradezco —sonrió el doctor Martin—. Estaba precisamente en el bar del pabellón de internos, tomando algo caliente.

Otra enfermera asomó, haciendo un gesto con la cabeza. Era la señal. Todo a punto en el quirófano. El alto y joven cirujano caminó hasta la mesa de operaciones. Encima de él, se encendieron las brillantes luces circulares, cayendo sobre el paciente, en estado de inconsciencia, recibiendo incansablemente suero y plasma, al tiempo que el anestesista cuidaba del perfecto control de administración de la anestesia, así como del ritmo cardíaco y las posibles alteraciones de su estado.

Por otra puerta, entró el doctor Russell, el primer cirujano del establecimiento, y jefe de cirugía en el pabellón de urgencias.

Ambos médicos se miraron en silencio. Comenzó la tarea, en el blanco ámbito aséptico del quirófano.

—Mi enhorabuena, doctor Martin —habló despacio el doctor Craig Russell, estrechando con calor la mano del joven cirujano. Los ojos grises y profundos del viejo cirujano, eminente y autoritario, se clavaron en la mirada verde oscura de su joven colega. Hubo un gesto de complacencia y aprobación en el rostro del doctor Russell; un gesto que rara vez se producía en él, especialmente en cuestiones profesionales. Añadió, con énfasis—: Sabía que lo haría. Pero incluso yo dudé de que lo hiciese tan perfectamente.

—¿No tenía confianza en mí, doctor Russell?

—La tenía toda. Absolutamente toda. Pero era difícil este caso. Muy difícil. Usted lo sacó adelante. El paciente vivirá. Me alegro de haber confiado en usted de forma total. Aunque era humano dudar, tener cierto miedo.

—Sí, lo entiendo —afirmó el joven Dave Martin, doctor en cirugía—. Gracias por todo, doctor Russell.

—Bah, muchacho, olvide todo eso. Usted es ahora mi sucesor. Un futuro gran cirujano, estoy seguro. Pero creo que ahora debe dejar de pensar en medicinas, quirófanos, bisturíes y todo eso. Está

su boda, ¿no es cierto?

—Mi boda... —asintió Martin, sonriendo pensativo—. Sí, doctor. Mi boda. Pero todavía no va a llevarse a cabo. Faltan unos días. La hemos aplazado Nelly y yo.

—No la aplacen demasiado. Son jóvenes ambos. Y con un buen porvenir. Disfruten de la vida. Sean felices. Se lo deseo de corazón, doctor.

—Estoy seguro de ello —sonrió Martin. Y se alejó, para librarse de todas sus prendas profesionales. Para volver al mundo, fuera del olor a antisépticos, a plasma, a medicinas, a todo lo que constituía su cotidiano ambiente, entre los muros del hospital.

Poco después, recibía la confortante caricia suave de la ducha, y una vez aseado, vestido con sus ropas de calle, abandonaba el pabellón, en dirección a la salida. Miró, sorprendido, en todas direcciones. Era raro que Nelly no estuviese esperándole en el lugar de costumbre, sobre todo cuando la operación se había prolongado largo tiempo, y la hora era bastante avanzada ya.

Sus ojos se encontraron con el reloj eléctrico del muro: las diez y diez minutos ya. Muy tarde. Recordó que ni siquiera había cenado. No sentía apetito poco antes, pero ahora, sí.

Se encaminó al vestíbulo principal, el de salida. Allí vio a Nelly, apoyada en el mostrador de recepción, no lejos de la telefonista de blanco uniforme. Sorprendido, la llamó:

—¡Nelly! ¿Qué haces ahí? Creí que entrarías y...

Se detuvo, sorprendido. Ella le contemplaba fijamente, con un gesto extraño. Su alta figura de muchacha deportiva, atlética pero armoniosa y llena de femineidad, se había erguido al aparecer él. Las luces blancas, lechosas, del amplio *hall* del hospital, se reflejaban con destellos bruñidos en su cabellera rubia, suave y clara, así como en el azul límpido y profundo de sus ojos.

Esos ojos, ahora, miraron en otra dirección, a un lugar del vestíbulo que le resultaba a Martin completamente invisible por el momento. Al salvar las puertas oscilantes de acceso al pabellón de cirugía de urgencia, descubrió allí a tres personas. Dos de ellas le eran perfectamente desconocidas. La tercera, ciertamente, no. Se trataba del profesor Bergman, el biólogo. El padre de su compañera de trabajo en cirugía, la joven enfermera Mónica Bergman.

Dave Martin frunció el ceño. De los dos acompañantes del

profesor, uno estaba uniformado. Era un policía. El otro, aunque vestía de paisano, se lo pareció también, aunque sin duda con mayor grado de autoridad que su compañero. También tenía más edad. Y cabello canoso, crespo, duro como si fuese de alambre.

—Dave, es que ha ocurrido algo —comenzó Nelly, con voz indecisa.

—¿Ocurrir? —Dave enarcó las cejas—. ¿Qué fue ello?

Antes de que el profesor Bergman pudiera decir alguna cosa, el hombre de pelo duro y canoso, se adelantó con rapidez. Le interpelló:

—Perdone, doctor Martin. ¿Conoce usted a una mujer llamada Candy Danvers?

Dave se quedó perplejo. Giró su mirada hacia Nelly, con cierto sobresalto. Ella sonrió, inclinando la cabeza. La sonrisa no era muy alegre, pero sí alentadora.

—Responde, Dave, te lo ruego. No te preocupes por mí. No hay razón para ello.

—Cierto, no hay razón, Nelly. De todos modos... gracias —se volvió al hombre de pelo gris. Afirmó—: Sí, conozco a una Candy Danvers. ¿Por qué me lo pregunta, señor...?

—Teniente Harlan, de homicidios —habló calmadamente el hombre, mostrándole una credencial de la policía—. Departamento de Tallahassee, doctor Martin. Tenga Cuidado con lo que responde. Podría ser utilizado alguna vez en contra suya.

—No comprendo... —Su mirada expresó asombro—. ¿A qué viene eso, teniente?

—Quisiera que viniese con nosotros, doctor. Se trata de una identificación absolutamente necesaria.

—¿Identificación? ¿De quién?

—Me temo que de esa misma Candy Danvers a quién usted conoce. Ella está muerta ahora.

—¡Muerta! —Martin abrió mucho sus ojos—. Imposible.

—Es posible, doctor. La asesinaron cerca de este hospital. Está en el depósito de cadáveres ahora. Quisiera que usted la viese, para confirmar su identidad.

—¿Es... absolutamente preciso?

—Me temo que sí —afirmó el policía gravemente.

—Bien... —Cruzó su mirada con Nelly—. Iré, entonces.

Espérame si quieres y...

—Iré con ustedes —replicó ella, serenamente—. Posiblemente no tenga valor para entrar a ver el cadáver, pero iré a la Morgue, Dave. Prefiero no separarme de ti en este momento.

—Gracias —la miró, con gratitud. Luego, añadió, con tono de perplejidad—: Asesinada... Eso no tiene sentido.

¿Qué tiene que ver el profesor Bergman con todo esto, teniente?

—El profesor fue testigo del crimen. No se moleste en hablarle. No oye una sola palabra.

—Sí, lo sé. El trabaja aquí, en el departamento de Biología, pero tiene un aparato para oír y...

—El asesino se lo pisoteó al huir. Está inutilizado. Por favor, doctor Martin, ¿vamos ya?

—Sí, vamos —afirmó él.

Y tomando fuertemente de la mano a Nelly, que correspondió a su apretón con calor, se encaminó con el teniente Harlan a la salida del pabellón.

—Sí —afirmó—. Es Candy.

—¿Está seguro?

—Totalmente, teniente. Es ella.

—Gracias —la sábana volvió a cubrir el cuerpo de la víctima. El policía observó el estremecimiento de Dave Martin. Sin comentar nada, le tomó por el brazo—. ¿Vamos fuera? Éste no es un lugar agradable para permanecer mucho tiempo en él.

—Estamos de acuerdo, teniente —suspiró Martin. Salieron en grupo al exterior. Bergman había entrado con ellos dos y con el funcionario de aséptico uniforme de la Morgue. Afuera, en el corredor, largo, blanco y frígido, esperaba una Nelly pálida, conmovida, impresionada sin duda alguna por el lugar en que se hallaba, pese a su habitual serenidad y control de sí misma.

El grupo se detuvo un instante. Candy quedaba dentro, en el frío recinto destinado a los cadáveres. La identificación estaba hecha. Pero algo parecía intrigar profundamente al cirujano.

Su rostro viril, anguloso, de facciones claramente cinceladas en una epidermis bronceada por el clima siempre veraniego de las costas de Florida, se volvió hacia el teniente Harlan.

—¿Cómo supo que yo conocía a la muchacha? —quiso saber.

El sacudió la cabeza. Hundió una mano en su chaqueta, amplia y

rugosa. Sacó algo entre sus dedos. Lo mostró a Dave. Era una fotografía en color, tamaño postal. En ella, la anatomía formidable de la rubia Candy, aparecía en todo su esplendor, exhibiéndose en un mínimo, reducido bikini rojo brillante, con la playa de Daytona Beach como fondo idílico.

Al lado de ella, con pantalones bermudas, junto a una canoa a motor, se veía a un hombre joven, alto y atlético. Era el propio Dave Martin. Debajo, había algo escrito, con pluma:

«Con Dave, en Daytona Beach. Junio de 1970».

Giró la fotografía. Detrás se había escrito con otra letra, a lápiz:

«Doctor Martin. Ciudad Sanatorial Daytona. Pabellón Cirugía de Urgencia».

Debajo, un número de teléfono, el de ese pabellón. Dave afirmó con la cabeza.

—Entiendo —dijo—. ¿Lo llevaba ella consigo?

—Lo encontramos en su bolso. Se le cayó de las manos al ser agredida.

—Pero... pero fue horrible... Todos esos cortes... ¿Quién lo hizo, teniente?

—Eso es lo que quisiéramos saber, doctor Martin.

—¿Pero... es que no lo saben? ¡Si hubo incluso un testigo, el profesor Bergman! Y él podrá estar sordo, pero no ciego.

—Es como si lo hubiera estado en ese momento. Vio la agresión, vio al criminal. Sólo sabe de él que vestía bata, mascarilla y gorro de cirujano. Color verde.

—¿Qué?

—Y guantes de cirugía. Y un bisturí, evidentemente.

—Un bisturí... Sí, esos cortes fueron hechos con un arma muy afilada. Un bisturí, a no dudar. Pero... ¡un cirujano!

—El asesino escapó en dirección al hospital. El profesor no vio más. Sólo eso puede jurar. Era un médico.

O un enfermero, de eso no hay la menor duda.

—O, cuando menos, vestía de tal —rectificó fríamente Martin.

—¿No es lo mismo? —Enarcó las cejas el teniente—.

Supongo que nadie tendrá acceso a los equipos de cirujanos, y menos dentro de la residencia Sanatorial.

—Se supone que no, en efecto. Pero siempre cabe en lo posible que se roben unas prendas y se utilicen para desorientar a posibles testigos —argumentó Dave Martin—. No parece lógico que un cirujano o un ayudante salga a la calle, a cometer un crimen, vestido tal y como va en los quirófanos, teniente.

—¿Por qué no? Es un buen disfraz, un enmascaramiento perfecto. Y, por otro lado, nos da la escalofriante posibilidad de disponer de una lista de posibles sospechosos encabezada por ciento cincuenta médicos y cirujanos... y más de setecientos enfermeros varones.

—Veo que conoce bien el número de personas que trabaja en nuestro establecimiento —dijo con ironía Dave.

—Me he preocupado de ese extremo, doctor, apenas llegué allí, guiado por las declaraciones del profesor Bergman y también por esa fotografía suya, en compañía de la joven Candy. Lamento que su prometida estuviera presente al interrogarle acerca de ello, pero no puedo detenerme en esas cuestiones, habiendo una muerte por medio, doctor.

—Le dije, teniente, que por mí no debe preocuparse —terció Nelly suavemente, con entereza—. Conozco bien a Dave. Tengo fe en él. Y creo en su palabra. Sabía que tuvo relaciones con una chica bastante frívola, antes de formalizar sus relaciones conmigo. Nunca le he preguntado sobre cuestiones anteriores a nuestro noviazgo, teniente. Ni lo haré ahora tampoco.

—De todos modos, Nelly, te doy mi palabra de que así han sido las cosas. Nunca más he visto a Candy. No sé lo que haría aquí cerca, pero nada tengo que ver en ello.

—Según el profesor, salía de un cercano club nocturno, el Flamingo. No digo que usted tenga nada que ver en ello. Creo que era habitual en ese y de otros muchos clubs. Llevaba carteritas de fósforos en su monedero de una media docena de sitios diferentes.

—Habría un motivo para cometer ese horrible crimen. Alguna discusión, un choque...

—No, no lo parece. El profesor la vio salir sola.

Luego apareció ese individuo de la bata verde. Atacó con el bisturí a la chica. Fue todo rápido y terrible. El profesor nada pudo hacer por evitarlo. Cayó, cuando corría al lugar del suceso. Creo que eso le salvó la vida. De haber llegado hasta el asesino, no dudo que éste le hubiera herido de muerte también a él.

—Sí, es muy posible —miró pensativo al profesor. Éste, angustiado, en su silencio forzoso, parecía querer intuir lo que hablaban.

Ahora, habló, aunque lo hizo al azar, imaginando lo que ellos comentaban entre sí:

—La chica... la chica parecía conocer a su asesino —dijo.

—¿Sí? —Dave frunció el ceño. Gesticuló, elevando su tono, para ser oído o, cuando menos, entendido—. ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, ella... miró a su asesino. Pareció horrorizada. Luego, cuando yo llegué hasta ella y agonizaba, quiso decirme algo. Estoy seguro de que lo dijo. Mencionó algo, quizá un nombre, no sé. No pude captarlo, pobre criatura. Murió dándose cuenta de su impotencia para delatar a su asesino, doctor Martin.

Dave asintió, con un estremecimiento, la vista fija en el biólogo. El teniente de homicidios no perdía de vista a ninguno de ellos.

—Doctor, quisiera rogarle que me acompañase de nuevo —dijo al fin.

—¿Adónde? —Dave sonrió amargamente—. ¿A su Departamento? Soy su sospechoso ideal, ¿no es cierto?

—Admito que es sospechoso. Conocía a la víctima, es usted cirujano... y, además, según parece, la muchacha identificó a su asesino. Prueba de que también le conocía. Pero no, no se alarme demasiado todavía. No va como sospechoso. No le arresto, ni nada parecido. Lo que quisiera es conversar ampliamente con usted, cambiar impresiones sobre esa chica, Candy Danvers. Usted puede referirme cosas de ella que otros ignorarán. Acaso me oriente acerca de sus hábitos, costumbres, sus amistades o conocimientos.

—Me temo que no pueda serle demasiado útil en todo eso, teniente.

—Yo lo decidiré, doctor. ¿Quiere venir, por favor?

—Claro —miró a Nelly, preocupado—. ¿Será muy largo, teniente?

—No. Imagino que no —negó el policía—. Digamos... una hora

o poco más.

—Entonces será mejor que me esperes en alguna parte, Nelly —pidió.

—Como quieras, Dave. ¿Dónde?

—En Tropicana, por ejemplo —suspiró él—. Espérame allí, en una mesa. No he cenado, ni creo que lo haga ya. Pero tomaremos algo juntos. Perdona todo esto, Nelly.

—Claro —sonrió ella, animosa. Se inclinó, besándole. Luego, miró fijamente al teniente Harlan—. Y puede estar seguro de algo: él no es culpable, teniente. Su tarea es salvar vidas, no destruirlas.

—No he dicho lo contrario... todavía —sonrió el teniente Harlan, con frío sarcasmo.

CAPÍTULO III

—¿Un cigarrillo, doctor?

—Sí, gracias —afirmó despacio el joven médico. Lo tomó, y el teniente prendió su cigarrillo y el propio. Fumaron ambos en silencio. El policía no parecía tener excesiva prisa en iniciar el interrogatorio.

La ventana abierta del despacho del oficial de homicidios, asomaba a la orilla de palmeras y arena, al bulevar de la playa, iluminado y ruidoso. Circulaban numerosos vehículos, todos hacia el sur de la costa de Florida.

—Bien, doctor Martin —habló al fin el policía—. De modo que entre Candy y usted hubo algo íntimo.

—Sí, lo hubo.

—¿Muy íntimo?

—Mucho —afirmó Dave, sereno—. Candy no era escrupulosa en exceso. Le gustaba vivir intensamente la vida.

—Esa impresión saqué. Era muy atractiva. Físicamente era una auténtica bomba, ¿no?

—En muchos sentidos lo era —sonrió pensativamente Dave Martin.

—¿La dejó usted a ella, tal vez?

—Pues... sí. Ciertamente. Pero eso no creó que haga al caso.

—Puede ser importante. ¿Riñeron violentamente acaso?

—No. Pero a ella le disgustó que rompiéramos.

—¿Intentó volver con usted?

—Sí. Varias veces.

—¿Fracasó?

—Sí. Yo había conocido ya a Nelly. Me enamoré de ella. Es algo completamente diferente, compéndalo. Nelly me quiere. Y yo a ella. Esto no es ya una aventura.

—Lo comprendo, claro. ¿Candy no incordió sus relaciones?

—Lo intentó, pero en vano. Yo no la temía. Y Nelly conocía ya todo lo referente a ella. No podía crear dificultades.

—¿Qué clase de chica era Candy? Me refiero a su modo de ser, a su temperamento, a sus costumbres.

—Ya puede imaginarlo. Alegre, bulliciosa, provocativa, superficial...

—¿Algún oficio, profesión, ingresos legales...?

—Modelo. Para publicaciones frívolas, fotografías, publicidad... Ganaba bastante con eso. Y lo tiraba con igual facilidad. También sacaba dinero a veces a algún tipo rico. Era su modo de ser. Luego, se lo gastaba con algún joven *play-boy*.

—Sí, conozco el tipo. No es nuevo, doctor Martin. ¿Conoce a alguna de sus amistades, en especial?

—Pues no, creo que no. He conocido a algunos amigos suyos, hombres de negocios, artistas, fotógrafos y cosas así. Pero no son conocidos míos, ni me relacioné nunca con ellos.

—¿Sabe de alguien que odiase a Candy Danvers hasta el punto de desear su muerte?

—No, en absoluto.

—¿No es fácil que ella chantajease a alguien, o estuviera metida en algún lío feo?

—Eso no lo he pensado nunca de ella. No, en absoluto, teniente.

—¿Algo delictivo?

—Tampoco.

—Pero ella fue asesinada. El criminal tuvo que tener una poderosa razón para ello.

—Es evidente, sí.

—Y esa persona parece que salió del hospital.

—Es posible, puesto que utilizó prendas de cirugía, ya fuesen propias o hurtadas.

—Doctor Martin, dejándole a usted al margen, ¿sabe de alguien de la ciudad Sanatorial, con quien Candy pudiera tener una relación lo bastante estrecha como para que, por una u otra razón, ese alguien llegara a asesinarla?

Dave Martin reflexionó. Aplastó el cigarrillo en un cenicero de vidrio. Negó con la cabeza, enérgico.

—No, teniente. De nadie. Palabra.

—Le creo —le miró largamente, y suspiró el policía. Se

incorporó, de modo inesperado—. Bien, gracias por todo. Puede retirarse. Su prometida debe estar esperándole.

—¿Ya ha terminado conmigo? —se sorprendió Dave.

—Por el momento, sí —afirmó el oficial de homicidios. Le tendió la mano—. Si precisara su ayuda en alguna otra ocasión, no dudaré en llamarle. Buenas noches, y gracias, doctor.

—Buenas noches, teniente —caminó hasta la puerta. La abrió, asomando al exterior. Antes de salir, se volvió. Y añadió, con tono seco, intensamente grave—: Y por favor, teniente. Haga todo lo posible por encontrar al que hizo eso. Candy podía tener muchos defectos. Pero no se merecía un final así. No, no se lo merecía en absoluto.

Cerró suavemente tras sí. Se alejó corredor adelante.

Pensativo, ceñudo, el teniente Harlan se quedó en su despacho, la vista perdida en el vacío.

La música era suave, melancólica.

Había poca gente en la sala. Y sólo tres parejas danzando en la pista. El Tropicana no era uno de los lugares más frecuentados de Daytona Beach, ciertamente. Pero quizá por eso mismo resultaba el más agradable cuando no se tenían ganas de bullicio ni diversión.

Dave no terminó su emparedado de jamón dulce y queso. Tomó un sorbo de cerveza, contemplando a los músicos. Luego, sus ojos se encontraron con los de Nelly, muy fijos en él y con una profunda expresión en el fondo azul intenso y vivaz.

—¿Sigues pensando en ella, Dave? —preguntó por fin.

—Sí. No puedo evitarlo. Es realmente terrible.

Inclinó la cabeza. De repente, la cerveza sabía amarga. Mucho más amarga. Nelly habló con suavidad:

—Te entiendo, Dave. Pero ya nada puede hacerse. Nada en absoluto.

—Se puede hacer algo: encontrar al asesino.

—Es cosa de la policía, Dave. Tú eres médico, no detective.

—No dije que pensara encontrarlo yo. Pero temo que me acusan a mí las circunstancias...

—¿Acusarte? ¿Por qué motivo? —se sorprendió Nelly—. ¿Sólo porque eres médico, y el asesino vestía como tal? ¿Porque conociste a Candy? En esas circunstancias hay mucha gente, Dave. No son motivos para hacerte sospechoso de nada.

—Me temo que él piense de diferente modo.

—¿El teniente Harlan? —Nelly hizo un gesto—. No lo creo. Supongo que un policía ha de ser lo bastante inteligente para comprender. Tú no eres de esa clase de hombres que llegarían a un crimen, pasional o no. Candy Danvers, sin duda, se relacionó con mucha gente poco recomendable, y alguien se cegó y la hizo víctima de su furia. Estoy segura de que en breve se sabrá la verdad sobre todo eso.

—Ojalá, Nelly. —Dave inclinó la cabeza, contemplando los restos del emparedado en su plato. Apuró la cerveza, lentamente—. Pero mucho me temo que no resultará tal fácil, ni mucho menos.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Es un presentimiento, Nelly. Es como saber que uno se enfrente de pronto a algo terriblemente oscuro, siniestro. Es sin duda el principio de algo. Quisiera saber de qué.

—Dave, deja de torturarte. No es nuestro problema, aunque Candy significase alguna vez algo en tu vida... —Puso su mano sobre la de él—. Creo... creo que no vas a obsesionarte ahora con ello precisamente en vísperas de nuestra boda.

—Al menos, lo intentaré, querida —musitó Dave, pensativo—. No debo preocuparte ahora a ti también. Perdona.

—No tienes que decirme eso —sonrió débilmente ella. Luego, se quedó también con expresión reflexiva—. Dave, ¿seguro que no había nadie en el hospital, que tuviera relación de algún género con Candy?

—Que yo sepa, no —negó Dave, ceñudo.

—Y, sin embargo, estoy segura de que había alguien, desde el momento en que ella no se alejaba mucho de allí. Pero... ¿quién? Eso es lo primero que debe averiguar la policía, Dave. Y estoy convencida de que así será.

—Sí, teniente. Yo sé que esa muchacha tenía relación con alguien del hospital.

El teniente Harlan enarcó las cejas. Se quedó mirando a la que había hablado, con auténtica sorpresa e interés. Luego, sus ojos se dirigieron al profesor Bergman. En el borde de la oreja de éste, destacaba ahora nuevamente, su aparatito electrónico, a transistores, para las funciones auditivas, felizmente recuperadas solamente con la renovación del adminículo.

—¿De veras, señorita Bergman? —preguntó el policía.

—Sí —afirmó Mónica, rotunda.

El profesor se encogió de hombros, apresurándose a declarar:

—Yo no solamente ignoro todo eso, teniente, sino que desconocía a la joven Candy. No acostumbro a fijarme demasiado en la gente, abstraído en mi propio trabajo. Además, mi tarea se desarrolla en un pabellón bastante aislado de los demás, en el departamento de estudios biológicos de la Ciudad Sanatorial, y ello me sitúa muy a distancia de otras gentes. Mi hija, es diferente. Ella, como enfermera, ve entrar, salir, conoce a casi todos sus compañeros.

—Bien, señorita Bergman —habló con calma el policía—. ¿Puede explicarme eso con más detalle?

—Se lo explicaré, teniente —afirmó Mónica—. Ella, Candy Danvers, había sido antes amiga del doctor Martin, como usted sabe.

—Sí, eso lo sé muy bien, señorita Bergman. ¿Les volvió a ver juntos últimamente, aunque fuese alguna vez aislada?

—No, ninguna. Ni una sola vez, teniente. Creo que el doctor olvidó totalmente a la chica, cuando formalizó sus relaciones con Nelly Forbes, esa joven profesora de cultura física y readaptación traumática, con la que se va a casar en breve plazo.

—Sí, eso coincide con lo que él me dijo. Siga, señorita Bergman. ¿Qué otra persona del hospital tiene alguna relación, por remota que haya sido, con Candy Danvers?

—Un compañero mío.

—¿De cirugía?

—No. Trabaja en Diagnóstico Electrónico. Ya sabe: computadoras médicas, de las que dan diagnósticos clínicos por programación. Hay un departamento de ese género, con los últimos adelantos en Cibernética, dentro del hospital.

—Siga. ¿Quién es la persona?

—Oscar Leighton. No es médico, sino programador de computadoras especializado en diagnóstico electrónico. Estudió medicina, sin terminar la carrera. Ejerce como enfermero especializado, y se ocupa de esa sección tan importante, junto con los doctores McDivitt y Lomax, de cibernética médica.

—Entiendo. ¿Qué clase de persona es, exactamente, Oscar

Leighton?

—Un hombre joven, engreído y algo fatuo —sonrió Mónica—. Quizá le parezca muy dura mi definición, pero es tremendamente sincera. No me gusta Leighton, aunque es un punto de vista estrictamente personal.

—¿Por qué no le gusta?

—Ya se lo dije: es un presuntuoso. Es joven, pero no tanto como asegura. Tiene casi cuarenta años, pero representa treinta. Muy moreno, será a base de baños o de rayos ultravioleta. Cree que enloquece a todas las mujeres. Algunas sí parecen fascinadísimas por él, pero supongo que todos los de su clase tienen admiradoras así.

—¿Es un *play-boy*?

—Completo. Además, creo que a veces se complica con damas comprometidas... y ricas. Eso le va a él. Candy supongo que sería su capricho.

—¿Les vio usted juntos alguna vez?

—Muchas veces. Ella le esperaba en el exterior, subía al coche de Leighton, y se iban juntos. Eso, cuando menos, desde hace algunos meses, con bastante regularidad.

—Entiendo. ¿Es violento ese hombre?

—¿Leighton? Que yo sepa, no. Pero le conozco superficialmente, teniente. Imagino que otras personas, como el doctor McDivitt o el doctor Lomax, de cibernética clínica, le conocerán mejor que yo. Además, el doctor McDivitt es el jefe del almacén de medicamentos, vecino a la diagnosis electrónica, y creo que Leighton también le ayuda a veces a clasificar los fármacos y todo eso. Pregunte a ambos médicos. Deben conocer a fondo a su ayudante.

—Gracias, señorita Bergman. Así lo haré —afirmó el teniente. Luego, cambió con brusquedad de tema, tras una corta transición—: Por cierto, señorita, creo que usted era enfermera del doctor Martin, anoche en el quirófano doce.

—Cierto. Un caso de urgencia. Una doble intervención muy grave a un paciente en estado de extrema debilidad. Supervisó la intervención el jefe de cirugía, doctor Russell.

—No me refiero a eso en concreto. Quiero hablarle de la operación. Supongo que duró mucho tiempo.

—Sí, mucho. Comenzó a las siete de la tarde. Terminamos a las

diez.

—Tres horas en el quirófano. Y supongo que todo el tiempo al lado del doctor Martin, ¿no es cierto? —habló el teniente, como al azar.

—Pues, sí... Bueno, no exactamente —negó ella, sonriendo.

—¿No? ¿Por qué no exactamente, señorita Bergman?

—Porque la operación tuvo dos fases, con un descanso obligado por medio, en tanto el paciente era reforzado con plasma y suero.

—¿Dos fases? No entiendo bien.

—La primera fase duró de siete a ocho y quince minutos. Luego, hubo una pausa de unos treinta minutos, para esperar a que el paciente pudiera afrontar con garantías de éxito la segunda fase, que comenzó a las nueve menos quince minutos, para terminar sobre unos minutos antes de las diez.

—De modo que entre ocho y quince y ocho cuarenta y cinco, salieron ustedes del quirófano.

—No todos. El doctor Martin, sí. Yo, también. Y algunas otras enfermeras.

—Ya. Y se quedaron todos juntos, esperando, imagino.

—No. Nos dispersamos. Unos a tomar café, otros un refresco, algunos un calmante nervioso —hizo un gesto expresivo—. Depende del modo de ser de cada cual.

—Ya. Usted... ¿adónde fue?

—A tomar café. ¿Por qué le preocupa eso, teniente?

—Se lo diré enseguida. ¿El doctor Martin fue con usted a tomar café?

—No. Él se fue por otro lado. Le busqué para ofrecerle una taza de café, pero no di con él. Luego me enteré de que había ido a otra cafetería del pabellón, a la de los internos. Está situada en el lado opuesto del pabellón.

—¿Cómo sabe usted que fue así?

—Porque él mismo me lo dijo después.

—Ya. De modo que no vio al doctor Martin en esa media hora, virtualmente.

—Pues... no. No le vi. Al menos, en veinte minutos. ¿Adónde va a parar, teniente?

—Soy yo quien hace las preguntas, señorita Bergman, pero su padre nos ha referido a qué hora, exactamente, tuvo lugar el

crimen. El consultó entonces su reloj. Recuerda que eran las ocho y media. A las nueve menos veintitantos minutos, todo había concluido y el asesino huía. ¿Se da cuenta, señorita Bergman?

—Me doy cuenta... ¿de qué?

—De que el doctor Martin, con su atavío de cirujano, pudo ser el hombre que salió de la zona sanitaria, asesinó a Candy, y regresó al pabellón de cirugía. Treinta minutos dan tiempo sobrado para todo ello. Y con más motivo, llevando ya esas ropas de cirujano.

—Según eso, teniente... también yo, o cualquier otro del pabellón, pudo hacerlo —sonrió Mónica, algo agresiva.

—No, usted no —negó sonriendo el teniente. Le señaló a sus bien formadas piernas—. Ustedes, las enfermeras, llevan falda. La persona que mató a Candy llevaba pantalones blancos de cirujano. Era un hombre. Además, la fuerza de los golpes asestados, revela, igualmente, la mano de un hombre. Y una mano que entiende de cirugía, ciertamente.

Mónica Bergman se quedó mirando con incertidumbre al policía. Luego, sacudió la cabeza con énfasis, en sentido negativo.

—Sea como sea, estoy segura de ello: el doctor Martin no fue. Él no pudo ser. No es un asesino. Además, de haber sido él... mi padre le conoce. Le hubiese identificado, sin lugar a dudas. ¿No es cierto, papá?

El profesor Bergman la miró, profundamente preocupado. Luego, negó con su cabeza, despacio.

—No, hija. Desgraciadamente, no estoy seguro de nada. No puedo afirmar ni negar. Es más, ignoro totalmente si fue el doctor Martin o cualquier otra persona. Sólo sé que llevaba ropas de cirujano. Eso es lo único que puedo jurar una y mil veces, Mónica.

CAPÍTULO IV

Dave se detuvo en la entrada de la Ciudad Sanatorial. Miró atrás un momento.

Como había imaginado, allí estaba. Era uno de los hombres de Harlan, podía jurarlo. Un policía puesto tras de sus pasos. Vigilándole a distancia. Prudentemente. Pero él no era tonto. Ni confiado. Sabía intuir cosas así. Además, lo había previsto ya.

Echó a andar hacia el pabellón, como de costumbre. Tras él, quedó la valla de acceso a la zona sanitaria. Detrás, afuera, el policía vigilante. Rondando en torno a las altas vallas de ladrillo.

No podía culpar de ello al teniente. Era lógico que vigilase a los principales sospechosos. Y él era el primero en la lista, al menos por el momento.

Contempló la luz del sol, el radiante sol de Florida, reflejándose con destellos dorados en las grandes vidrieras de los edificios residenciales, destinados a quirófanos, salas, pabellones, laboratorios, salas de especialización y todo cuanto precisa un gran complejo sanitario como aquél.

Parecía extraño pensar ahora que, solamente doce horas antes, una mujer chillaba, agonizando, bañada en sangre, allá en la calle vecina. La vida continuaba allí como si nada hubiera sucedido.

Pero había sucedido. Y eso era lo que contaba.

Había sucedido a Candy Danvers, la rubia explosiva. Y aún nadie sabía por qué. Los periódicos matinales publicaban escasa información al respecto. Aparentemente, era un crimen más. Un delito rutinario. Una chica de vida frívola, muerta violentamente a la salida de un club nocturno. Si eso era todo, no se haría demasiada publicidad de todo ello. Pero él estaba seguro de que habría algo más.

El caso había empezado con Candy. ¿Dónde terminaría?

Dave Martin cruzó las vidrieras del pabellón de cirugía de

urgencia. Se encontró con el doctor Russell, en la antesala de los quirófanos, hablando con unos enfermeros. Se volvió al verle aparecer a él.

—Hola, doctor Martin —saludó—. Me he enterado de lo sucedido anoche. No se habla de otra cosa en el recinto.

—Lo imagino, doctor Russell. Es un asunto muy desagradable. Al parecer, el culpable actuó vestido de cirujano. Y utilizó un bisturí para matar.

—Lo sé. He hecho revisar el instrumental, por si falta alguno. El bisturí utilizado para ese crimen, a juzgar por sus detalles, debió ser uno de los especiales, de mayor tamaño. Espero que no falte ninguno en nuestra sección. Pero aun así, hay motivos para suponer que el culpable pertenece a nuestro establecimiento... o robó las prendas y el arma de este hospital.

—Es lo que dedujo el teniente Harlan, doctor. Para él, yo soy el principal sospechoso.

—¿Usted? —El doctor Russell se encogió de hombros—. Bueno, tal vez. Creo que conocía personalmente a la joven asesinada, ¿no es cierto?

—Sí, doctor, es cierto.

—De cualquier modo, creo que el teniente anda buscando a otra persona de nuestro establecimiento.

—¿A quién?

—A Oscar Leighton, de cibernética médica. Pero parece que hoy no ha venido, y nadie sabe la razón.

—Oscar Leighton —medió Dave—. Le conozco. Ayuda a los doctores Lomax y McDivitt.

—Sí, el mismo. Creo que la joven enfermera Bergman, la hija del profesor, ha visto en una ocasión a Leighton con la chica asesinada.

—Vaya... ¿Conque Leighton? —Dave reveló su extrañeza—. Es curioso. Nunca me lo hubiese imaginado.

Dejó al doctor Russell arriba. Se encaminó a los quirófanos y miró la tabla de servicios. No había nada urgente por el momento, ni ninguna intervención señalada para aquella mañana.

Reflexionó, mientras se ponía la bata blanca de servicio. Luego, se encaminó al pabellón inmediato, el destinado a cibernética médica.

Encontró al doctor Clark Lomax, de cibernética, trabajando en

una selección de datos programados para diagnósticos clínicos de enfermedades generales. El doctor Lomax, fornido y jovial, le atendió afablemente.

—Querido colega, parece que todo anda revuelto hoy aquí —manifestó secamente—. Oscar Leighton no se ha presentado a trabajar, y debo hacer yo toda su tarea, comprobando la programación para ciertas revisiones, y ordenando asimismo las fichas del personal examinado por la computadora clínica. Es una tarea que él debía de hacer, pero creo que telefoneó alguien, en su nombre, indicando que hoy se encontraba indispuesto, y no vendría al trabajo. El teniente Harlan estuvo a preguntar por él, y se ha dirigido a su domicilio para interrogarle allí. ¿Qué le parece el ambiente, Martin?

—Pésimo —suspiró Dave—. Yo también quería ver a Oscar, pero veo que tendré que quedarme con las ganas.

—Me temo que sí, colega. McDivitt está mucho más furioso que yo. Anda metido en el almacén de medicamentos. Parece que hay irregularidades en las notas de salida de fármacos, y quiere aclararlo con Leighton. Tendré que esperar también.

—¿Irregularidades? —Dave frunció el ceño—. ¿En qué sentido?

—No sé. Si le interesa, vea a McDivitt. Está en el almacén. Si oye algún taco, no se asuste. Irá dirigido a Leighton, sin duda alguna.

Dave Martin dejó allí a Lomax, y se encaminó al almacén de productos farmacéuticos. Un rótulo advertía sobre la prohibición a toda persona ajena al servicio, para entrar al recinto.

Pese a ello, Dave asomó. John McDivitt, con una serie de listas en una mano, estaba subido en una escalera de mano, comprobando toda una serie de medicamentos alineados por orden alfabético y por estanterías de utilidad según las dolencias a tratar.

—¿Le molesto, doctor McDivitt? —indagó Dave.

—¿Eh? —El médico se volvió, sorprendido. Arrugó el ceño—. Oh, es usted, Martin. Pase, pase. Estoy metido en una tarea molestísima, pero me he quedado sin ayudante, y debo hacerla yo solo.

—Ya me han dicho que Leighton no anda por aquí.

—Ese maldito y fatuo individuo... Se cree imprescindible en todo, y es un botarate. Y Dios quiera que no sea otra cosa peor, Martin.

—¿A qué se refiere?

—A esto —golpeó con su lápiz metálico las listas que sostenía—. Faltan medicamentos, Martin. Las notas de salida firmadas por Leighton son irregulares. Hay fallos. He consultado con los diversos pabellones, y hay diferencias de hasta seis u ocho fármacos por pedido. Es decir, han salido de aquí más medicamentos de los solicitados y recibidos. No aparecen esos medicamentos, y estoy preocupado, Martin.

—¿Son de un elevado precio tal vez?

—Peor que eso, Martin. Son todos ellos productos farmacéuticos con un común denominador: poseen alta concentración de narcóticos. Incluso los hay con dosis elevadas de morfina, cocaína o heroína.

—Vaya... —Dave entornó sus ojos, brillantes de astucia—. Drogas.

—Eso es. Drogas. Si faltan de aquí, como temo, casi cuarenta frascos de medicamentos ricos en narcóticos, eso significa que alguien haya podido sustraerlos, sacarlos del recinto sanitario tras justificar su salida y entrega con listas falseadas y entonces tendríamos muchos gramos de estupefacientes evadidos del centro médico con sabe Dios qué finalidad.

—En resumen: un robo claro de narcóticos.

—No me atrevo a afirmarlo aún. Espero la comprobación final. —John McDivitt pestañeó con sus ojillos pequeños, tras las gruesas gafas de montura de concha, cabalgando sobre la ganchuda nariz. Golpeó de nuevo las hojas mecanografiadas con su lápiz metálico—. Después, hablaré de ello con Oscar Leighton. Y si no me resuelve el problema, deberé dar cuenta a la Dirección. Y, naturalmente, ellos informarán a las autoridades. El asunto es demasiado grave para dejarlo de lado.

—Sí, es cierto. —Dave dejó resbalar sus ojos sobre las estanterías repletas de fármacos—. Narcóticos. Un motivo perfecto para un crimen, doctor McDivitt.

—¿Cómo dijo? —Se sobresaltó el médico.

—No, nada —respondió su joven colega pensativo—. Nada que usted entienda aún, doctor McDivitt.

Y se alejó, permitiendo que el médico volviera a su minucioso examen de los productos farmacéuticos almacenados para uso

interior en la Ciudad Sanatorial.

Oscar Leighton salvó con majestuoso estilo el último obstáculo. La canoa a motor se dirigió, vertiginosamente como una flecha, hendiendo las aguas azules de Daytona Beach, hacia la orilla de doradas arenas y espumeantes arrecifes.

Siguió la figura arrogante, elástica y musculosa del hombre, sobre los esquíes acuáticos, en pos de la embarcación que, reduciendo velocidad, terminó por detenerse en una amplia cala natural, no lejos del Daytona Nautic Club, y sus terrazas salpicadas de lonas multicolores y cuerpos bronceándose al sol, en torno a la piscina de aguas azules.

La ocupante de la embarcación, saltó a la arena, riendo jovialmente. Pese a ello, y pese a su escultural y bien cuidada figura, no tenía mucho de joven. Pero eso sí, era atractiva, poseía elegancia, distinción, e incluso con aquel breve bañador de dos piezas, a topos amarillos, su cuerpo de mujer madura, conservaba elasticidad, arrogancia, y un algo de su pasada juventud, sin duda exultante de atractivos físicos.

Corrió por la arena, entre risas, mientras allá en el agua, nadando con fuerte brazada, acudía ya la figura tarzanesca del guapo y presuntuoso Oscar Leighton.

Una vez en la arena, Leighton rió, lanzándose sobre las piernas de la dama. La derribó en la playa, y se inclinó sobre ella, buscando sus labios. La mujer trató de evadirse, pero sin mucha convicción. Y no se evadió.

—Oscar, eres un atrevido —le reprendió, con un gracioso mohín—. No deberías... Aquí en público...

—No hay nadie, Hilde —habló Leighton, risueño, acariciando el cabello, entre dorado y canoso, de la elegante dama—. Los bobos que toman el sol en el club náutico, y poca cosa menos, cariño. Ésta no es de las playas frecuentadas. Por eso te la mencioné.

—Aun así, debes reprimirte —le regañó ella, fingiéndose disgustada—. No me gustan las expansiones a la vista de los demás. Recuerda que tengo un esposo.

—Bah. Kurt no se preocupa de todas esas cosas. El confía en ti. Y hasta en mí —rió entre dientes, con cinismo, Oscar Leighton.

—No hay que confiarse nunca a ciegas. Kurt no es celoso, pero no le gustaría sentirse burlado. Cuando se enfurece, no sabes lo que

puede llegar a ser capaz de hacer.

—Tu marido no puede ser tan terrible —rió de nuevo Leighton.

—¿No? Un día se enfureció conmigo, Oscar. ¿Sabes lo que llegó a hacer? Esgrimió un cuchillo afilado, y me amenazó con él de un modo... No sé si hubiera llegado a ser capaz de utilizarlo contra mí. Unos amigos llegaron entonces, su explosión de ira se enfrió, y nunca más ha vuelto a mencionarlo. Pero la expresión que vi entonces en sus ojos, no me gustó demasiado, Oscar.

—Bah. Una excepción. Tengo entendido que los esposos alemanes no son muy recelosos, no desconfían de los demás fácilmente.

—Por si acaso, no hagamos la prueba —ella miró en torno—. Nuestra amistad le parece bien. Deja que todo siga así, sin complicarlo demasiado. No nos conviene a ninguno que esto cambie.

—Cierto, no nos conviene —asintió Oscar Leighton, frotándose el mentón—. Por cierto, ¿te dijo que va a venir hoy?

—No sé si podrá. Tiene mucho trabajo. Pero si dices que vas a proporcionarle esos sellos que tanto busca... Ya sabes cómo es él con la filatelia. Te los pagará bien. Y mientras piense que sólo vienes con nosotros por los negocios todo irá bien, no lo olvides.

—Está bien. No lo olvidaré —refunfuñó Oscar, tendiéndose en la arena, boca abajo. Puso una mano sobre la pierna de ella—. ¿Y él, Hilde? ¿Crees que él te es enteramente fiel y sólo vive por y para ti?

—No soy tan tonta —rechazó ella, indiferente, encogiéndose de hombros—. Sé cómo es Karl. Cuando ve una chica bonita, se vuelve loco. Cuanto más joven sea, tanto mejor.

—Dímelo a mí. Le presenté la otra noche a una chica amiga mía... ¡Uf, no la dejaba a sol ni a sombra! Quería enamorarla. Mi amiga se reía a modo, Hilde.

—Kurt es un cerdo —declaró desabridamente su propia esposa—. Y si se emborrachares capaz de cualquier cosa con una chica que no le haga caso. Ten cuidado con tu amiguita. Si es joven y vale algo, no la dejes con él. Ya te dije que Kurt es más violento de lo que parece.

—¿No le amas?

—¿A Kurt? —Ella rió con cinismo—. Cielos, no. En absoluto.

—Pero es tu marido.

—Oh, sí. Y tiene dinero, me paga caprichos, me mantiene con lujos... —Ella se encogió de hombros—. Eso lo explica todo, ¿no? Lo soporto, pero no siento nada por él.

—Vaya situación —resopló Oscar.

—Sí, tiene algo de divertida —la risa bailó, cínica, en los ojos de la dama alemana—. Yo soporto a disgusto a Kurt, pero vivo con lujos y dinero. Él se fija en cualquier, jovencita, apenas da media vuelta y me deja. Pero desea retenerme con él y no compartirme con nadie. A mi vez, yo deseo estar a tu lado... e incluso te ayudo en tus caprichos y te facilito los negocios con Kurt. Un bonito y complicado juego de triángulo, que casi es un polígono —terminó, riendo desagradablemente.

—Hilde, a veces eres descarnada y cruel —la miró Leighton—. Pero me gustas así.

—No seas hipócrita —le cortó ella—. Te gusto porque tengo dinero y soy generosa, eso es todo, Oscar, querido. Y apártate un poco de mí. Ahí viene Kurt.

Leighton separó su mano de la piel bronceada de Hilde Brauner. Miró de soslayo hacia las aguas. Una canoa a motor de color amarillo y verde, se acercaba a la arena, haciendo ronronear su motor. El sol jugó con el dorado blanco del pelo erizado del alemán, y con su torso rollizo, adiposo, salpicado de vello color blancuzco.

El europeo agitó su mano al aire, en salutación. Detuvo la canoa junto a los arrecifes. Saltó su teutónica figura maciza, de carnes algo fofas, enrojecidas por el sol, y avanzó hacia ellos, decidido, chapoteando en las aguas.

Se saludaron todos como buenos amigos. La mirada de Kurt Brauner, hacia la mujer, fue de fría indiferencia. Luego, estrechó con calor la mano de Oscar Leighton. La del alemán, estaba sudorosa y caliente.

—Hola, Leighton —saludó—. ¿Ha conseguido esos sellos?

—Aún no —negó él—. Pero sé quien los tiene y me los va a facilitar. El precio será elevado, claro está. Pero valdrá la pena. Son ejemplares únicos.

—Lo sé. Negocie con su dueño, y tráigalos. Sabe que no regateo nunca.

—Si vais a hablar de negocios, prefiero ir a tomar algo al club —señaló a la terraza de toldos multicolores

la señora Brauner—. ¿Os espero allí?

—Sí, adelántate, querida —afirmó Kurt—. Yo te sigo ahora, con Leighton.

Ella se movió por la playa. Kurt Brauner siguió con la mirada a su esposa. No la desvió, para informar a Leighton, callado junto a él:

—La chica está muerta.

—¿Qué? —habló Leighton, perplejo.

—La chica. Candy. Ha muerto.

—¿Qué dice, Brauner? Eso es una tontería...

—¿Usted cree? —Buscó en el bolsillo de su pantalón-bañador. Extrajo un recorte de periódico, arrancado con los dedos, desigual y torpe. Lo puso ante Oscar—. ¿Qué me dice de eso?

Oscar pegó un respingo. Contempló, con ojos dilatados, la fotografía de carnet, reproducida en el diario, bajo el titular:

«MUCHACHA RUBIA ASESINADA BRUTALMENTE ANTE LA CIUDAD SANATORIAL DAYTONA BEACH».

—¡Candy! —jadeó Leighton, muy pálido—. ¡Es ella!

—¿Qué le dije? Claro que es ella.

—Pero... pero no es posible... —habló agitadamente.

—Usted dijo que tenía que verla mañana noche, que le hablaría de mí, de lo que le ofrecía...

—No pude ir a verla. Tuve trabajo hasta tarde. Luego tuve jaqueca, fui a casa...

—¿Va a decirme que no la vio anoche?

—Cielos, claro que no la vi —le miró, alarmado—. ¿Qué trata de insinuar, Brauner?

—Nada. Sólo eso: que ella está muerta. Usted se peleó con ella la otra noche.

—Fue un asunto diferente —cortó abruptamente Leighton—. Algo mío, profesional. No tiene nada que ver con Candy. Ni con lo sucedido, claro. Además, ahora que recuerdo, no trate de echarme muertos a mí, Brauner. Usted me aseguró que no tendría paciencia

para esperar más días, que intentaría verla por sí mismo, ofrecerle lo que tenía pensado. Tal vez lo hizo y ella le dijo que no. Usted insistió, se enfureció y...

—No siga —cortó Kurt Brauner, con la voz helada como una hoja de acero—. Es ridículo. Nadie creería eso. Yo no vi a la chica. No sé nada de todo eso.

—¿Puede probarlo? ¿Tiene coartada? ¿Estuvo acaso con su esposa toda noche pasada?

—No, no estuve con ella. Pero tengo coartada. Mi socio, el señor Goldman. Estuve en su yate anoche.

—Oh, Goldman. Claro. Apoyaría cualquier cosa. Es su socio, ¿no?

—Empieza a ser impertinente, Leighton. Dejemos el asunto. Si usted mató a la chica, será su problema. Si hubiese sido yo, sería estrictamente mi problema. Hablando de Goldman. Quiere verle. Esta noche, sin falta.

—¿Esta noche? —Sacudió la cabeza Leighton, inquieto—. No sé. Ahora con ese crimen, podría ser peligroso. Sabrán que Candy y yo éramos amigos. Pueden buscarme, hacer preguntas... Debí haber ido hoy al hospital.

—Todo eso no me preocupa. Mi socio quiere verle hoy. Esta noche. O no habrá negocio. Y se quedará usted con... los «sellos» —añadió, irónico—. ¿Qué me dice? Sabe que están en juego nada menos que veinte mil dólares. Es mucho dinero para usted, a cambio de semejante filatelia, ¿no?

—Malditos sean, claro que quiero el dinero. Pero podríamos aplazarlo unos días y...

—Mi socio, el señor Goldman, leva anclas mañana a primera hora. No estará ya en la zona de Cayo Volcán, cuando amanezca. Y usted habrá perdido su ocasión de ingresar veinte billetes grandes, mi amigo. Elija usted mismo. Ahora, si le parece, vayamos a reunirnos con mi esposa para almorzar.

—No, no. Solamente tomaré con usted un aperitivo. Me marchó. Debo ir al hospital hoy mismo.

—Yo que usted, no lo haría. Si le retienen como sospechoso o le vigilan, perderá sus veinte mil seguramente. Espere a esta noche, y luego que haya guardado en lugar seguro su dinero, vuelva al hospital y presente cualquier excusa. Si no mató a la chica, no creo

que tenga nada que temer.

—Pero... ¿y la mercancía? Los... los «sellos».

—Imagino que los tendrá en sitio seguro.

—Claro que sí. Muy seguro. Pero no me refería a eso. Quiero decir que, si en el hospital entran en sospechas, revisarán los productos de farmacia.

—Ese asunto, mi querido Leighton, es también problema suyo —sonrió Brauner—. Si algo ocurre, no creo que pueda jamás probar que yo tuve relación comercial con usted.

Oscar Leighton se mordió el labio inferior, profundamente preocupado, y no hizo ya comentario alguno.

Pero era evidente que algo había ensombrecido súbitamente todo su buen humor anterior. Sus dedos, estrujaban el recorte de periódico donde aparecía la bonita efigie de la rubia Candy Danvers.

CAPÍTULO V

Nelly Forbes, profesora de cultura física, con su sauna y gimnasio propio, a menos de media milla de la Ciudad Sanatorial, en el corazón de Daytona Beach, abandonó como cada mediodía, el pabellón de recuperación de traumatología, donde prestaba unos servicios auxiliares, ayudando a la doctora Milland, de traumatología, en la orientación y método de recuperación física de los pacientes.

Se encontró con Dave Martin en la rotonda amplia, rodeada de setos y rectángulos de césped, del pabellón de cirugía. Ambos oprimieron sus manos cálidamente. Se miraron a los ojos.

—¿Algo nuevo, Dave? —quiso saber ella.

—No, nada —rechazó Martin—. Sólo está Leighton.

—¿Leighton?

—El de diagnosis electrónica. No ha venido hoy por aquí. Creo que tampoco le halló la policía en casa.

—Creo recordar a ese Leighton. Un insoportable galán maduro del cinema, o cosa parecida, se cree ser —sonrió Nelly—. ¿Qué ocurre con él?

—Tenía relación con Candy últimamente. Por otro lado, parece que faltan medicamentos con narcóticos, en el almacén. Y él también trabaja allí para McDivitt. No sé, pero creo que se ha metido en un buen lío el tal Leighton.

—¿Crees que sea él quien...?

—No lo sé. Pero cuando menos, existe algo por medio que puede ser un motivo para un crimen: las drogas.

—Si ha huido, parece acusarse a sí mismo.

—No se puede decir qué haya huido. Dejó encargo de que estaba enfermo. Pero no se ha quedado en su casa. Pese a todo, no constituye delito. Alegará que ignoraba que la policía le buscase para algo. Parece que cuando anoche se fue de aquí, según Lomax y

McDivitt, no eran aún las ocho de la noche. Por tanto, no se le podrá acusar de nada, si tiene coartada para esa hora.

—¿A ti no te ha molestado más el teniente Harlan?

—No, aún no —suspiró Dave—. Pero mucho me temo que no dure esa suerte.

—Bien, debo dejarte, Dave. —Nelly consultó su reloj de pulsera—. Dentro de una hora, tendré llena la clase de gimnasia.

—Trabajas demasiado, Nelly.

—Debo hacerlo ahora... para descansar cuando seamos marido y mujer —se miraron largamente, a lo más profundo de los ojos. Los labios de Nelly vibraban, apasionados. Se aproximaron ambos. Se besaron.

Un leve carraspeo les interrumpió. Se volvieron ambos.

—Perdonen —sonrió el profesor Bergman, algo tímido—. Creo que les interrumpí en pleno idilio.

—No se preocupé —sonrió ella—. Ya me iba. Es mejor que usted haya abreviado la escena, profesor. De otro modo, llegaría tarde a mi labor como profesora de cultura física.

Agitó su mano, sonriente, y tras una última mirada a Dave, se alejó con suave taconeo. Dave se volvió al profesor con un suspiro. Éste había empezado a decir:

—Doctor Martin, he estado reflexionando sobre todo lo sucedido anoche... mientras trabajaba en mi laboratorio. Por cierto que debo consultar algo en diagnosis electrónica, relacionado con mis cobayas. Tengo un ratón ciego y...

—¿Un... qué? —indagó distraído Dave, volviéndose hacia él, ya con Nelly y a alguna distancia, alejándose de ellos con su cimbreante y elegante modo de andar.

—Un ratón ciego. Pero espere. Debería verlo, doctor. Acaso usted pueda orientarme en esa cuestión. De paso, charlaremos también del otro asunto, del asesino. ¿Puede acompañarme a mi laboratorio un rato?

—Desde luego, profesor —afirmó Dave Martin, consultando su reloj—. No hay nada urgente por hacer, al menos de momento. Vamos allá.

Juntos, se encaminaron al pabellón de biología de la Ciudad Sanatorial. Era el recinto destinado a investigación y estudios médico-biológicos. El profesor Bergman era su más notable

científico.

Poco más tarde, se hallaban ante las jaulas de los cobayas, introducidos en una amplia vitrina de vidrio, cuyo interior se hallaba totalmente esterilizado. Dave contó hasta una docena de cobayas, algunos solitarios en sus jaulas. Otros, con uno o dos compañeros más.

—Aquí tiene a mis pequeños y fieles amigos —sonrió el profesor, señalándolos—. Los trato lo más afectuosamente posible. Evito que mueran en algún experimento, salvo cuando es por completo inevitable. Procuro que no sufran, no soy cruel con ellos. Ellos parecen saberlo y siempre me ayudan. Por eso me irrita y me duele más lo que le sucede a «Mickey».

—¿Mickey? —repitió Dave, intrigado.

—Sí. Ése —señaló una jaula aislada, donde un cobaya blanco, gracioso, se movía torpemente, golpeándose una y otra vez con los alambres de la jaula—. Es «Mickey». Estaba sano, perfectamente normal. Ni siquiera experimenté con él.

—¿Le ocurre algo?

—Sí. ¿No ve cómo se golpea contra los alambres? Espere ahora a otra experiencia.

Manipuló desde allí unos brazos metálicos, con los que, asépticamente, manejaba jaulas, sustancias, alimentos y ratas. Abrió la puerta de la jaula, después de poner ante ella una especie de corredor de alambre, con dos departamentos al final. En uno, puso comida. En el otro, una sustancia oscura.

Al abrirse, el ratón olfateó el aire. Avanzó, decidido. Si una sola vacilación, se metió en el compartimiento de la sustancia. Olfateó, buscó torpemente, y, pareció desolado ante aquella sustancia que formaba una simple mancha, y no podía ingerir. Se quedó inmóvil por completo.

—¿Ve, doctor Martin? ¿Qué le sugiere eso? —preguntó el profesor.

—Pues... no sé —declaró Dave, pensativo—. Equivocó el compartimiento. No olfateó bien.

—Ahí está lo mato, doctor. Olfateó muy bien. Esa sustancia tiene aroma de queso tierno. La comida ha sido desprovista de olor alguno, pero es comestible para los cobayas. Y apetitosa. ¿Se da cuenta? Puede ver ambas cosas y se va a la que no es alimento sólo

porque huele como tal. No ve el alimento real, aunque pasa ante él. Y ahora, indeciso, se queda quieto, sin saber qué hacer ya. Pobre animal.

—Entonces... ¿está...?

—Ciego, sí —afirmó el doctor—. Totalmente ciego. Ésa es una prueba. Ya efectué otras.

—¿Cómo cegó?

—No lo sé. Su estado era normal, ya le dije. De repente, ciega sin motivo. Le he hecho un análisis. Su sangre no acusa nada anormal de momento.

—¿Algún virus que tenga usted en estudio, profesor? Una bacteria...

—No, no. Los tengo aislados. Y ninguno produce ceguera. No tiene explicación. Creo que si persiste, lo llevaré a Diagnósis Electrónica. Yo, personalmente, estoy desorientado con «Mickey».

—Es lamentable verse privado de un órgano como la vista, profesor —suspiró Dave Martin, incorporándose—. Pero me temo que no pueda ayudarle.

—Sé lo que es perder algo. Yo puedo ver, doctor, y sin embargo, la simple pérdida de mi oído, me causa auténtico horror. Cuando recuerdo lo de anoche, cuando pienso en que de haberme sido dado oír, hubiese llegado a saber quién mató a aquella muchacha...

—O le hubiera causado la muerte a usted también, profesor —le dijo gravemente Dave.

—Pudiera ser, pero... es terrible ser testigo de una cosa así, no poderla evitar... y, además, no oír lo que dice la persona que agoniza... —Cerró los ojos, se estremeció el profesor. Luego, se inclinó. El ratón ciego volvía ya a su jaula, torpemente, sin haber hallado la comida, golpeándose con los alambres.

Compasivo, el profesor Bergman depositó un alimento en la celda. El ratoncillo de experimentación, comenzó a comer golosamente. Dave Martin se encaminó a la salida.

—Si se me ocurre algo sobre los posibles motivos de esa repentina ceguera de su ratón, profesor, ya se lo comunicaré —dijo Dave, con un suspiro.

El profesor, abstraído con sus cobayas, ni siquiera le oyó. Cuando menos, pese a llevar su adminículo junto a la oreja, no respondió palabra alguna. Ni se volvió para despedir a Martin.

El reloj eléctrico emitió siete suaves campanadas. Afuera, caía ya la tarde sobre la playa de Daytona. Las sombras se iban tornando azules sobre el mar festoneado de espuma en los arrecifes.

La figura vestida de blanco, avanzó con naturalidad por el corredor. Pantalón blanco, bata blanca, gorro y mascarilla de cirujía... Pero todo blanco, de un simple auxiliar, y no de un cirujano o enfermero.

Llevaba ante sí una mesa rodante, con instrumental. Avanzaba por el pabellón de diagnosis electrónica. Llegó ante una puerta. En ella, un rótulo:

OSCAR LEIGHTON.

Se detuvo. La mano, enguantada de goma, extrajo una llave plana. Abrió la puerta. Se metió con rapidez en el interior, siempre empujando el carrito de vidrio y metal esmaltado de blanco. Cerró tras de sí.

Corrió la persiana blanca, graduable, hasta dejarla cerrada totalmente. Encendió la luz de encima de la mesa de trabajo. Comenzó el registro minucioso...

De una gaveta cerrada con llave, que abrió con otra llave maestra, extrajo una serie de fotografías en blanco y negro. Algunas de la playa, con la rubia y madura señora Brauner. Otra, ante un yate anclado junto a un Cayo. El yate se llamaba Tritón, detalle visible en la fotografía, pese a estar hecha con teleobjetivo. Al pie de la fotografía, se había escrito: yate de Goldman.

Había un catálogo de sellos, un álbum filatélico, bolsas de celofán con sellos cuidadosamente protegidos... No parecía haber ninguno de especial valor, sin embargo.

El intruso vestido de blanco terminó el examen de todo aquello. Guardó la fotografía del yate, y otras donde se veía el paisaje que rodeaba a éste, rocoso y lleno de arrecifes. Junto al yate, un Cayo con rocas en forma de cráter.

Había terminado el examen. Los ojos astutos del intruso, recorrieron el despacho. La mano enguantada apagó la luz. Volvió a salir el enfermero al pasillo, con el carrito de material quirúrgico. Avanzó por éste, decididamente.

Se encaminó al pabellón central. Una puerta señaló:

«Sección de computadoras de diagnosis electrónica,

terminantemente prohibida la entrada».

El enmascarado de blancas ropas no se inmutó. Abrió también esa puerta, sin dificultades, con una llave maestra. Entró en un corredor, al fondo del cual se percibía el zumbido de las computadoras en funcionamiento. A ambos lados, había puertas rotuladas con diversos indicadores:

«Cintas grabadoras-Material de perforación-Archivos».

Pasó ante todo ello, sin prisas. Dejó de pronto el carrito en un rincón, y ya sin él en las manos, el enmascarado de ropas blancas se aproximó a la barandilla asomada a la sala de computadoras, circular, y donde se hallaban todas las máquinas electrónicas de cibernética clínica, bajo la cruda luz vertical, blanca, aséptica.

Por entre las máquinas, circulaba ahora una solitaria persona, que iba comprobando cada detalle de las computadoras, su funcionamiento en unas, su estado actual en otras.

En una mesa, poseía varios teléfonos y un interfono.

Era una mujer. Habitualmente, esa labor la realizaba Oscar Leighton, cuando menos en un turno. Ahora, había una mujer joven, de cabellos oscuros, de exuberantes formas bajo la bata blanca de servicio.

Terminó la revisión y se sentó a la mesa de los teléfonos. Funcionó uno de éstos súbitamente. Arriba, acechaba el personaje de blanco, con el rostro cubierto.

La empleada de cibernética, descolgó el aparato. Escuchó, tras preguntar:

—Cibernética. ¿Quién llama? Sí, sí, profesor Bergman. Le escucho... —Una pausa. Luego, la joven empleada meditó, cruzando sus piernas con descuido. La bata era corta. Sus muslos destacaron, poderosos y bien torneados. Tras un silencio, asintió ella, prosiguiendo—: Entiendo, profesor... ¿Un ratón de experimentación? No sé si podremos diagnosticarlo... Pero tráigalo... ¿Dice... dice que acaba de morir? ¿Estaba ciego... y ha muerto repentinamente, en medio de horribles convulsiones? No sé... Intentaremos hacer una diagnosis con todos los datos. Posiblemente haya algo programado o memorizado ya... Sí, profesor, le espero...

Colgó. Se quedó meditando, pensativa. Tomó otro teléfono. Marcó un número. Habló:

—¿Doctor Lomax? Aquí Dianah Burns, de cibernética. Sí, se trata del profesor Bergman. Se le ha muerto un ratón de experimentación. Dice que teme un mal desconocido, o cosa parecida... Empieza con un síntoma de ceguera total... Sí, desea una diagnosis electrónica. Conforme, doctor. Sí, le he dicho que puede venir. De acuerdo, doctor Lomax. Lo intentaré.

Colgó de nuevo. Se sentía más tranquila. Se incorporó. Fue a una computadora más amplia y compleja. La puso en marcha. Vaciló, y luego se encaminó a la mesa de controles y programación de aquella formidable computadora. Se sentó. Empezó a seleccionar los datos recibidos por el profesor Bergman.

Arriba, la persona de blanco, con sus ojos centelleando sobre la mascarilla, no perdía detalle alguno de cuánto sucedía. La mirada se clavó inmediatamente en las teclas movidas por la joven programadora.

Dianah Burns escribió claramente, en la tarjeta de datos programados:

«Torpeza. Ceguera paulatina, que llega a total rápidamente... Sarpullido... Manchas en ciertos puntos del cuerpo... Muerte lenta, entre convulsiones...»

Sacudió la cabeza. Habló consigo misma, en voz alta:

—Muy pocos detalles. Tal vez el profesor aporte más. Probaré con esto. Si hay algún antecedente clínico memorizado, la computadora lo señalará...

Puso en marcha el circuito. Los datos computados pasaron a la «memoria» electrónica. La máquina funcionaba. Allá arriba, pausada, sigilosamente, el calzado de goma del misterioso visitante de blancas ropas, empezó a deslizarse, sin ruido, bajando escalón a escalón, hacia el recinto de computadoras.

Se detuvo cuando hubo un zumbido en la máquina, y en la pantalla de televisión aparecieron una serie de datos codificados. La empleada los examinó, atenta. La computadora le devolvió una cinta con unos datos en perforación. Los aplicó a la ranura lectora. En la pantalla, ahora, apareció un texto nítido, sobre fondo verde fluorescente:

«Datos computados existen en memoria clínica. Coinciden todos con los síntomas señalados en la ficha MZB-IR-123.00-44 W».

Los ojos brillaron extrañamente sobre la mascarilla blanca,

cuando Dianah Burns, con mirada sorprendida, sin duda alguna excitada por su hallazgo, se encaminaba a otra computadora vecina, la destinada a almacenar la memoria de todas las fichas numeradas. Insertó en el programador los datos y cifras de la ficha mencionada. Esperó, en tensión. A su espalda, la figura de blanco llegaba a la planta de Cibernética, se ocultaba tras una de las computadoras...

La exuberante naturaleza de Dianah Burns se inclinó sobre la computadora, cuando ésta expulsó una copia de la ficha reclamada.

En el acto, Dianah Burns lanzó una exclamación de asombro. Leyó allí un nombre, unos datos, unas referencias clínicas de Diagnóstico Electrónico. Y, finalmente, un diagnóstico definitivo, como final de la ficha, en caracteres rojos:

«Máxima emergencia. Dolencia incurable. Sin remedio conocido. Altamente contagiosa».

Ella corrió al teléfono de nuevo, con la tarjeta en su mano. Se inclinó. Descolgó el teléfono de antes. Marcó el número del doctor Lomax, nuevamente.

—¿Doctor Lomax? —preguntó agitada.

Tras ella, salía de detrás de la computadora, la figura vestida de blanco. La mano enguantada de goma transparente, esgrimía unas poderosas tijeras, afiladas y punzantes. La luz blanca, lechosa, lívida, del departamento de electrónica, arrancó de ella destellos deslumbrantes.

Ajena a todo ello, Dianah Burns apoyaba sus voluminosos pechos sobre la mesa, mientras hablaba, excitada:

—¿No está el doctor ahora? Por favor, es muy urgente. Díganle que ha llamado Dianah Burns, de Cibernética... Tengo algo aquí. Algo terrible. Realmente TERRIBLE... ¡Y urgente! Muy urgente... No, sólo a él debo comunicárselo... Que venga pronto. Es vital... Sí, esperaré... No, no puedo decir más. Avisen al doctor Lomax, esté donde esté...

Colgó. Se quedó contemplando la cartulina, entre unos dedos que temblaban. A su espalda, una mano enguantada se alzó. Unas tijeras centellearon, al descender.

Dianah intuyó algo en ese momento. Giró la cabeza. Emitió un alarido largo, horrorizado. Extendió sus manos, pretendiendo frenar el impacto.

Todo inútil. La tijera no sólo hendió la palma de su mano,

cortándola de lado a lado, sino que pasó esa débil defensa y se clavó en su rostro, bajo el pómulos. Un torrente rojo brotó, tumultuoso, cuando la mano firme arrancó la tijera... para pegar otro impacto acerado, punzante, contra la garganta de la programadora. Ella aulló, exasperada, con horror, manoteando para luchar contra su asesino.

La tijera volvió a desprenderse de su horrenda herida, para pegar una, dos, tres veces, ahora sobre el muelle blanco de los pechos. El impoluto blanco de la bata se tiñó de escarlata. La infortunada Dianah Burns cayó contra la mesa, derribándola con todos los teléfonos. Ella misma, chorreando sangre, cayó de rodillas. Intentó forcejear, asir a su asesino.

Éste, inexorable, descargó otro golpe de tijera definitivo, este sobre la nuca de su víctima. Quedó vibrando el arma, clavada casi hasta la empuñadura. Rodó de bruces la empleada de computadoras. Y permaneció ya inmóvil, salvo un leve espasmo en sus piernas desnudas.

El asesino corrió a recoger la ficha caída, tinta en sangre ahora. Fue rápidamente a la computadora que memorizaba los síntomas y emitía diagnósticos. Manipuló con celeridad en ella. Situó los circuitos en la posición anterior. Luego, pulsó el botón que indicaba: «Datos borrados de la memoria».

Hizo algo igual en la otra máquina, la que emitía fichas clínicas. Cuando hubo terminado, retrocedió, contempló la escena, y regresó escaleras arriba, con celeridad. Alcanzó el corredor. Llegó a la puerta de salida del pabellón, completamente desierto a aquellas horas, con la excepción de su empleada de turno, ahora inerte en un baño de sangre.

La entreabrió. Miró al exterior. No había nadie a la vista. Absolutamente nadie. Salió con rapidez. Había salpicaduras de sangre en su bata. Se despojó de ella. Debajo, llevaba otra bata nueva, pulcra. Hizo un ovillo con la anterior, la tiró a un rincón. Se alejó con rapidez.

Tuvo el tiempo justo de volver un recodo y meterse tras una cortina. El profesor Bergman pasó, con algo envuelto entre sus manos. Posiblemente el cadáver de un ratón ciego.

Los ojos del asesino se fijaron en la nuca del profesor. Las manos enguantadas se crisparon...

Pero el profesor siguió adelante. Y el asesino se quedó allí unos instantes, esperando solo a que un ascensor cercano dejara de funcionar. Llamó a la cabina, subió a ella y descendió hasta la planta inferior, la del sótano de aquel pabellón.

Era su mejor salida para abandonar el teatro de su horrible asesinato.

CAPÍTULO VI

—Dios mío. ¡Otra vez no!

El pequeño «Mickey», el ratoncillo muerto, cayó de sus manos, en su envoltorio de plástico hermético. Los ojos desorbitados del profesor Bergman, se clavaron en aquella terrorífica, sangrienta escena, rodeada de frías máquinas computadoras, bajo una luz tan aséptica y helada como la de un quirófano o la de la propia Morgue.

En medio del suelo blanco, deslumbrante, el rojo era estridente, aterrador. Y el cuerpo convulso, inmóvil, de la desventurada empleada, con las tijeras asomando de su nuca, igual que la empuñadura de un afilado estilete mortífero, era el elemento más espeluznante de la escena.

El profesor Bergman retrocedió, tambaleante, demudado. Incapaz de reaccionar. Ahora sí podía oír, pero el único sonido que llegaba a sus oídos, era el de las computadoras, funcionando suavemente, con un tenue zumbido monocorde, persistente.

Observó que había cintas grabadoras en tierra. Una de ellas, extrañamente, como una serpiente plástica, se enroscaba al cuello y piernas de la ensangrentada víctima. Habían sido destrozados tambores enteros de grabación. Sin duda, se habían alterado programaciones y «memoria», a la vista de como estaban las máquinas.

Bergman se agachó, tomó uno de los teléfonos abatidos. Escuchó el zumbido de comunicación. Sin duda se habían desconectado al caer. O ante su insistencia en estar descolgados, la centralilla los desconectó. No podía llamar por ninguno de ellos.

Tambaleante, regresó a la escalera, para volver arriba. Dejaba allí incluso al ratón sin vida, motivo de su visita a las computadoras. Ante el hallazgo sangriento, todo perdía su valor para él.

Se encontró al doctor Lomax en la salida casi. El médico,

asustado ante su aspecto, le zarandeó vivamente:

—¡Profesor! —gritó—. ¡Profesor! ¿Qué es lo que ocurre?

Bergman señaló abajo, a las computadoras. Y jadeó, con un hilo de voz:

—Es... es horrible, doctor... Su empleada... Igual que la chica del club nocturno, Candy Danvers... La han... acuchillado hasta matarla...

Con una imprecación de horror e incredulidad, Lomax se precipitó escaleras abajo. Bergman esperó, alucinado. Cuando le oyó emitir un grito ronco, supo que había encontrado lo mismo que él.

Esperaba que no fuese demasiado tarde. Solamente eran las ocho. Habitualmente, Nelly cerraba el gimnasio y la sauna no más tarde de las siete y media. Pero casi siempre se quedaba por allí, haciendo algo, a menos que hubieran quedado en verse en la Ciudad Sanatorial.

Esta noche, había sido al revés. Sería él quien acudiría a recogerla. Iban a cenar juntos. A tratar de olvidar unos sucesos que ahora, en las ediciones vespertinas, habían pasado a ocupar un ancho de cuatro o de seis columnas, según los casos, y siempre en tercera o en quinta plana, bien visiblemente:

«La rubia asesinada frente a la Ciudad Sanatorial de Daytona. ¿Víctima de un sádico peligroso o de un apasionado amante? El único testigo, un científico que no pudo identificar al culpable ni salvar a la víctima».

Otro periódico se preguntaba, de modo avieso:

«Si el arma fue un bisturí y el asesino vestía bata verde... ¿por qué no pensar en que el criminal se oculta en la Ciudad Sanatorial?».

Nada de esto era agradable. Pero la Prensa era así. Había que afrontar los hechos y soportarlos lo mejor posible. E incluso intentar olvidar. Eso es lo que ellos pretendían esa noche.

Ya no había luces en el gimnasio. Pero la puerta estaba abierta. Prueba de que Nelly se hallaba dentro aún. Pasó bajo el rótulo de la

entrada:

«NELLY'S — GIMNASIO, SAUNA, CULTURA FÍSICA Y
DEPORTE».

—¡Nelly! —llamó, deteniéndose ante el corredor que conducía al gimnasio, pasando ante las vidrieras de recepción, oficinas y caja, todo ello cerrado y apagado ya—. ¡Nelly, soy yo, Dave! ¿Andas por ahí?

Su voz retumbó en huecos rebotes, allá al fondo, en las amplias salas del recinto deportivo. Vio luz en la sauna, y también en la sala de gimnasia y en la de pruebas deportivas. Eran solamente las lejanas, altas luces del techo, dando una claridad difusa, de simple orientación.

Bajo aquella claridad, las barras, potros, anillas y demás elementos gimnásticos, parecían una petrificada fauna misteriosa, dormida entre sombras. Tampoco vio a Nelly por ninguna parte.

—¡Nelly! —insistió.

El nombre de ella despertó ecos dormidos en los altos muros y la bóveda. Se alejó, rebotando de sala en sala.

Dave frunció el ceño. Era raro. Siempre le oía ella, estuviera donde estuviese. Aun en las duchas le hubiera escuchado, sin duda alguna.

Siguió adelante, intrigado. No creía que se hubiera marchado dejando abierto el gimnasio. Ella no olvidaba detalles así.

De súbito, Dave se detuvo. El ruido había llegado claro a sus oídos. Miró a un lado, precavido. Esperó. El ruido no se repitió.

Estaba seguro. Había sido un chirrido de una puerta en movimiento. Aguzó el oído, sin moverse aún. Se sobresaltó al captar un segundo ruido. Éste, fue más concreto, una tos. Una leve, ahogada tos, en alguna parte de las sombras del gimnasio.

Dominó sus aprensiones. Súbitamente, un sudor helado cubrió sus manos. No temía nada por sí mismo. Estaba pensando en Nelly, en su prometida. No podía olvidar que Candy también era mujer. Y había tenido relaciones con él.

La sola idea de que Nelly pudiera peligrar...

—No, no es posible... —Se estremeció—. El hecho de que sean amiga o novia mía, no puede significar...

Apretó las mandíbulas, alejando de sí esa idea. Avanzó decidido.

Llegó a una puerta lateral. Estaba entornada solamente. La empujó un poco. Chirriaba. Era el mismo chirrido de antes.

Avanzó. Pasó la puerta. Conducía a una sala más reducida, con armarios metálicos numerados, con más barras en el muro. Al fondo, una flecha y un rótulo: «PISCINAS».

Dave tropezó con algo. Inclínó la cabeza. Vio una cosa oscura a sus pies. Se inclinó. La tomó. El contacto le fue familiar. Muy familiar.

—Goma... —susurró—. Guantes de goma. De cirugía.

Tuvo un estremecimiento otra vez. Había poca luz allí. Alzó el guante. Lo examinó.

Estaba manchado. De algo oscuro, como óxido. Lo olfateó. El olor era inconfundible.

—¡Sangre...! —jadeó, lívido.

Miró con inquietud ante sí. La tos no se repitió. Pero los ojos de Dave estaban fijos en el corredor de las piscinas. Se movió hacia allá, decidido. Había unas pesas en tierra. Tomó una. Podía ser un arma, en caso de apuro.

Ya no llamaba a Nelly. No era prudente hacerlo. Se paró en seco.

Estaba seguro. Otra puerta había chirriado. Muy levemente. Y un rumor lejano, como pisadas de goma.

Dio una zancada, decidido. Entonces, de alguna parte, le llegó el grito agudo de mujer.

¡La voz de Nelly, gritando con angustia!

—¡Nelly! —rugió Dave, exaltado, sin contenerse esta vez en su grito—. ¡Nelly! ¿Qué sucede? ¿Dónde estás?

Al mismo tiempo que gritaba, echó a correr. De alguna parte, le llegó el grito de ella:

—¡Dave, cuidado! ¡Alguien anda por aquí! ¡Lo he notado, lo he oído! ¡No está lejos, Dave! ¡Ten precauciones!

—Nelly... ¿dónde... dónde estás metida?

—Aquí, Dave... ¡La piscina!

Martin cruzó otra puerta que crujió. Se encontró en un amplio recinto provisto de dos piscinas. Arriba, una sola luz, proyectándose débil sobre la piscina central, más amplia y profunda. Alrededor, sombras, bancos, sillas, estrados... Todo oscuro, todo proyectando sombras sin fin.

Y en medio, bañándose en la piscina, con dos piezas de bañador,

Nelly. Nelly, asustada, mirando medrosa a las sombras que la rodeaban, sin salir del agua.

—Dave, cuidado —musitó al verle. Agitó sus brazos. Señaló en derredor—. Está por ahí. No sé quién pueda ser, pero se mueve con sigilo. Primero pensé que eras tú. Me ha sorprendido bañándome en la piscina caliente. He visto su silueta. Allá, en el estrado aquel. No te arriesgues, Dave. Avisa a la policía, sea quien sea...

—Me temo que es un asesino, Nelly —dijo Dave, gravemente, bordeando la piscina, sin soltar la pesa, escudriñando la oscuridad.

—¡Un asesino! —Se horrorizó ella.

—Ha dejado un guante de cirujano... ensangrentado. Debí perderlo al entrar. Cuidado, Nelly —contempló el estrado. Prendió su encendedor. Comprobó que, en efecto, había unas raras manchas oscuras en el borde—. Mira. Sangre. Ha pasado por aquí.

Sus ojos se clavaron en la vidriera situada al fondo. Asomaba a un patio interior, situado a espaldas del gimnasio de Nelly. La puerta vidriera estaba abierta.

Corrió hacia el patio, pese a las advertencias de Nelly. Encontró allí una mascarilla blanca, con salpicaduras de sangre, otro guante... y una bata blanca, limpia, al pie de la cerca de ladrillos.

Miró arriba. No era demasiado alta. Una persona ágil pudo salvarla, irse lejos.

Regresó pensativo. Nelly, seguía incansable, nadando en el agua, sin atreverse a salir.

—Vamos, querida —habló Dave—. Creo que el asesino ha huido.

—Pero... ¿seguro que era un asesino, y no un vulgar merodeador, Dave? —Ella, estremecida, salió del agua. Dave la rodeó con una toalla amplia, y también con su brazo, acercándola a sí. Ella temblaba, por lo prolongado del baño, sin duda, pero también por el terror pasado.

—Seguro, sí.

—¿Cómo puedes estar tan convencido?

—Las prendas que ha dejado. Corresponden a alguien vestido casi como el asesino de Candy. Sólo que no usó prendas verdes, sino blancas. Me pregunto... me pregunto si no se habrá cometido en alguna parte otro crimen... y el asesino vino luego aquí, en busca tuya.

—Pero... ¿por qué, Dave, por qué? Yo nada tengo que ver en

todo eso.

—Recuerda que aún no sabemos por qué mataron a Candy. Es muy posible que, realmente, sea alguien del hospital el culpable. Y tú, quizá sin saberlo, sabes algo, o has visto algo. Entonces, el culpable tiene miedo y quiso asegurarse de que no hablaras.

—Dave... Eso sería... horrible.

—Sí. Sería horrible. Si eso se confirma, no podrás estar sola. Se te deberá vigilar día y noche, Nelly. Todo antes que correr un riesgo tan tremendo.

—Dios no quiera que sea como tú dices, Dave —tembló ella.

—Ojalá, Nelly. Pero debemos preverlo. Preferiría que todo obedeciera a que alguien me ha seguido a mí hasta aquí, con intención de agredirme, y luego ha escapado, al descubrir que no estaba solo en el gimnasio. Eso sería mucho mejor.

—Pero no para mí, Dave. No quiero que tú peligros.

—Un hombre puede defenderse mucho mejor de cualquier peligro, Nelly. De todos modos, iremos a hablar con el teniente Harían. Es lo más prudente. Que él decida.

—Creí que íbamos a cenar tú y yo, Dave.

—Más tarde. Antes, conviene que Harlan sepa esto. Vamos al departamento cuanto antes, Melly.

Cuando llegaron al departamento de policía, división de homicidios, les atendió el sargento Ross, ayudante del teniente Harlan. Sus palabras fueron escuetas:

—Lo siento. Si quieren verle personalmente, tendrán que esperar. El teniente está muy ocupado ahora con el asesinato.

—¿Acaso se ha descubierto algo nuevo, sargento?

—¿Descubrirse? —El policía le miró, rascándose el cabello—. Escuche, ¿no es usted un médico de la Ciudad Sanatorial?

—Sí, lo soy. Y mi prometida se ocupa de la recuperación de traumatología. ¿Por qué me lo dice?

—Porque el teniente está ahora en el hospital, ocupándose de todo lo relativo al segundo asesinato.

—¡El asegundo asesinato! —Casi gritó Dave—. ¿Qué está diciendo?

—¿No lo saben? Esta tarde, sobre las siete asesinaron a una tal Dianah Burns, empleada de Cibernética Clínica. Con unas tijeras. Pero se supone que se trata del mismo criminal que asesinó a Candy

Danvers, doctor.

—Sí, doctor. No le engañaron. Es la segunda víctima. Igual casi al anterior todo el método del asesino. Sólo que, en vez de bisturí, utilizó unas tijeras afiladísimas. Y las utilizó con fuerza, con una vitalidad asombrosa.

—Pero... ¿por qué, teniente? ¿Por qué ahora otra mujer... y dentro del hospital?

—Los motivos están tan oscuros como la vez anterior. En apariencia, no hay móvil alguno. Dianah Burns era una muchacha con el grado de programadora, y trabajaba interinamente aquí. Ahora suplía al ausente Oscar Leighton, cuyo paradero daría algo por conocer. Maldito sea el tipo.

—Pero entonces, Leighton no pudo ser el autor de este segundo crimen.

—¿Por qué no? Un habitual del recinto hospitalario, no encontraría dificultades en entrar y salir. Pudo hacerse llaves maestras o copias, sabe dónde ocultarse, cuáles son los puntos menos frecuentados, los caminos más seguros para evadirse. Además, Leighton se conoce este sector como la palma de la mano. No olvide que trabaja aquí, en Cibernética.

—También en el almacén de fármacos, teniente —le recordó Dave, ceñudo.

—Cierto —asintió gravemente Harlan—. El doctor McDivitt ya me habló de ello. Ha presentado una denuncia formal. Faltan medicamentos en los que, aproximadamente, podemos calcular que se distribuyen hasta unos cincuenta gramos de narcóticos. Eso es ahora. Se sospecha razonablemente, que hubo otras partidas anteriores donde pudo hacerse el mismo fraude. En cuyo caso, Leighton podría ser acusado no sólo de robo de fármacos, sino también de tráfico de estupefacientes.

—¿Puede estar relacionado eso con los asesinatos, teniente?

—No lo sé. Es posible que sí. O acaso sean asuntos distintos, doctor Martin. Usted ya comprende lo grave que es para este establecimiento la salida ilegal de fármacos en los que intervienen narcóticos. Incluso parece ser que faltan dosis de morfina pura, de la utilizada para calmante de dolores externos. Si eso se confirma, la dosis robada puede subir a casi cien gramos en total. No ganará una fortuna con ello, pero puede obtener saneados miles de dólares el

muy bribón.

—¿Hay alguien en Daytona Beach que pueda adquirir mercancía de ese género, teniente?

—Le voy a ser sincero, doctor. Hay esa gente, sí. Y además, según datos de última hora, obtenidos acerca de Oscar Leighton, nuestro hombre está en contacto con ellos.

—¿De veras?

—De veras. Hay un matrimonio alemán, turistas en Florida. Son los Brauner. Amigos de Leighton, según parece. Sobre todo, la esposa. El, Kurt Brauner, tiene un socio en negocios no demasiado concretos, aunque nunca se le haya probado nada ilegal: Sam Goldman, un rico judío europeo, nacionalizado norteamericano, con un yate en las costas de Florida, el Tritón. Si alguien puede comprar narcóticos a Leighton... ese alguien es Goldman, no lo dude. Pero tampoco dude de una cosa: aunque llevara el yate rebosando libras de drogas, no podríamos echarle el guante y se nos escurriría como una anguila en el agua. Es un tipo listo y hábil el tal Goldman.

—Ahora, el que es importante de localizar y capturar es Leighton, sin embargo. Si no es culpable, puede que sepa algo.

—Seguimos buscándole, doctor, pero con cautela, procurando no ahuyentar a toda la caza antes de tiempo. —Harlan se frotó el mentón, mirando a Dave pensativo—. En cuanto a usted, doctor Martin, no tengo muy buenas noticias para usted.

—¿No? —Dave enarcó las cejas—. No le entiendo. ¿A qué se refiere?

—Su coartada de anoche. No está comprobada. En el bar de los internos nadie le recuerda con exactitud.

—Había mucha gente. Me serví yo mismo, y me senté lejos del mostrador. No podía saber que se me pedirían explicaciones de mi tiempo. De otro modo, hubiera hecho firmar por todos una declaración de que estaba allí con ellos, teniente.

—Tuvo tiempo material de cometer el crimen y volver al quirófano.

—Por favor, teniente. Está diciendo cosas absurdas. ¿Cómo iba a hacer yo tal cosa? Iba vestido de cirujano, pero hubiera usado cualquier otro disfraz para salir y atacar a alguien, si no quería ser acusado. Además, las manchas de sangre de una intervención quirúrgica, no son las mismas que produciría un acuchillamiento

semejante.

—Exacto, doctor. A eso iba a parar. ¿Sabe una cosa?

Obtuve su bata de cirujano del recipiente de ropa sucia. Hice analizar la sangre de sus manchas.

—¿Y bien?

—La sangre de su bata pertenece al grupo «O». Tiene factor Rh negativo. La sangre de su paciente no corresponde en absoluto a esa clasificación. En cambio, la de Candy, sí es grupo «O», con factor Rh negativo.

Dave Martin se quedó de una pieza. Repentinamente pálido, miró a Nelly, y ella sostuvo su mirada, serenamente.

—Cielos —jadeó Dave—. Eso significa que va a arrestarme, ¿no, teniente?

—No necesariamente —rechazó el policía—. Sólo quiero saber cómo llegó —esa sangre a su bata.

—O cómo llegó esa bata al recipiente, y suplió a la mía, teniente Harlan.

—Suponía que diría usted eso. Sin embargo, es una bata suya, con las iniciales D.M., dentro de la bata, bordado con hilo blanco. Creo que eso es norma de la clínica, ¿no?

—Sí. —Dave se mordió el labio inferior—. Si no me arresta con esas pruebas, ¿a qué está esperando?

—Quizá a que usted mismo se ahorque, amigo mío.

O quizá espero a tener un por qué. Y entonces saber si ese móvil encaja en usted. De momento, hará bien en no ausentarse para nada de Daytona Beach. Si llega su boda y aún no se ha puesto esto en claro, no inicien luna de miel alguna. Lamentaría tener que estropear la fiesta.

—Es una libertad vigilada, o poco menos.

—Poco menos —sonrió con frialdad el policía—. No puedo hacer otra cosa. Aparte de Leighton, usted es mi principal sospechoso, Martin.

—¿Incluso después de lo sucedido hoy en el gimnasio de Nelly?

—Pudo ser usted la persona a quién ella vislumbró en la oscuridad, engañándose. Luego, usted pudo fingir abandonar el local por la cerca, se despojó de sus prendas delatorias, y apareció inocentemente ante su prometida. Sería una buena coartada para usted. Pero yo no soy una mujer enamorada. No me trago

fácilmente las cosas, doctor Martin, hasta no confirmarlas plenamente.

—Cuando menos, sí pondrá vigilancia a Nelly, por lo que pueda suceder.

—Le pondré un agente de servicio, en turno constante, frente a su casa. Luego, en el hospital o en su gimnasio, será más difícil vigilarla, rodeada de gente como está. Pero lo intentaré. ¿Tranquilo, doctor?

—Sólo a medias —le miró Dave fijamente—. Porque yo soy el único que sabe positivamente que el asesino es otro. Y que ese otro estuvo en el gimnasio hoy, acechando a Nelly. Me basta para no estar tranquilo en absoluto.

—No tema. Estoy seguro de que no sucederá nada. Su prometida estará bien guardada.

—Me gustaría estar tan seguro como usted, teniente —se volvió a Nelly—. ¿Vamos, querida? Si se demora más esa cena, volveré a perder mi apetito. Sobre todo, después de lo de esa pobre chica.

—Sí, Dave, vamos ya.

Nelly y él abandonaron la oficina del teniente Harlan, despedidos con fría cortesía por éste. Al salir a la calle, Dave supo que ambos iban vigilados, aunque por diferentes motivos. Nelly, para ser protegida. El, como sospechoso.

—Creo que, de todos modos, nos arruinaron ya la velada —comentó él con mal humor.

Nelly, tristemente, se limitó a asentir.

CAPÍTULO VII

La canoa a motor se despegó suave, silenciosamente, al pie mismo del yate Tritón. Se movió hacia tierra, con el motor bastante apagado, sin producir apenas ruido. Avanzó al borde de la zona rocosa, en aquella cala sin arena.

La canoa quedó anclada, flotando junto a los arrecifes. Al fondo, las luces de la cubierta del yate, eran un festón reflejándose en las aguas sin excesiva brillantez. Pero prestaban algo de luz a la escena. La suficiente para que los dos hombres se vieran mutuamente y se identificaran.

Oscar Leighton brotó de entre las rocas, con una bolsa de plástico azul oscuro. La extendió a Goldman, único ocupante de la canoa a motor.

—La mercancía, señor Goldman —dijo—. Como convinimos con Kurt.

—Muy bien —sonrió el otro—. Aquí están los veinte mil dólares. Pero antes tendré que comprobar el contenido.

—Exacto. Y yo la suma de dinero.

—Así se hacen los buenos negocios. Imagino que habrá puesto las dosis de morfina pura que mencionó.

—Tal y como dije —rió Oscar entre dientes—. Su colección «filatélica» es muy valiosa, señor Goldman. Y usted lo sabe.

Goldman abrió la bolsa de plástico. Miró adentro, manipuló los frascos y ampollas, comprobando sus marcas, sus fórmulas. Asintió por fin, cerrando la bolsa.

—Es suyo, Leighton —le tendió una pequeña cartera de piel, con cremallera, algo abultada—. Ahí van doscientos billetes de cien dólares. Todos viejos, usados, conforme convinimos. Nada delator nunca. Me gusta hacer así los negocios. Examine los billetes, por favor.

Esperó Goldman, los ojillos fríos y menudos fijos en su

interlocutor. Éste revisó los billetes. Pareció satisfecho. Todos eran viejos, arrugados. Todos de cien dólares. De numeración muy salteada.

—Exacto —asintió Leighton—. Son doscientos. Bien, Goldman. No sé si habrá próxima vez, de modo que... Kurt le informará.

—Conforme. ¿Teme haber sido descubierto?

—Temo muchas cosas más, señor Goldman. Cosas que usted no entendería.

—Hay pocas cosas en el mundo que yo no pueda entender —dijo el semita, irónico.

—Quizá ésta sea una de ellas. Temo a la policía. Sé que andan buscándome ahora. Pero quizá pueda eludir la acusación de tráfico de narcóticos. Hay algo que me preocupa más, mucho más.

—¿Qué es ello? —se interesó Goldman.

—Un asesino.

—Un... ¿qué?

—Un asesino. Mató a una chica a cuchilladas, con un bisturí. Una amiga mía.

—¿Cómo se llamaba esa amiga suya? —preguntó inesperadamente Goldman.

—Candy, Candy Danvers. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces, Leighton, la cosa es peor de lo que cree.

—¿Peor?

—Estaba escuchando una emisora de radio desde mi yate. Esta misma tarde ha habido otro crimen.

—¡Otro crimen! —balbuceó, lívido, Oscar Leighton—. No, no es posible.

—El boletín de noticias aseguró que se debía a la misma mano. Esta vez, una chica de un gran hospital. Una programadora de diagnóstico electrónico.

—Dios mío. —Leighton se pasó una mano temblorosa por el rostro—. Entonces... es cierto...

—¿Cierto? ¿El qué?

—El asesino. Es quien yo imagino. Quien yo sabía...

—¿Usted sabe quién cometió los crímenes? —se extrañó Goldman.

—Sí, cielos, claro que lo sé. Sobre todo, si ha matado a alguien de las computadoras electrónicas —tembló—. Dios mío, igual

hubiera sido yo el muerto, de haber estado allí de servicio.

—Si usted sabe quién es el culpable, debe informar a la policía. Aunque sea de forma anónima, Leighton. Ocultar eso por más tiempo, es un riesgo demasiado grande.

—Lo sé, señor Goldman. Al principio no pensé. Se lo dije a Candy. ¡Dios, quizá ésa fue la causa de su muerte! ¡Y ahora... la chica de las computadoras...! ¡Es horrible!

—Leighton, debería decirme a mí el nombre de ese criminal... por si algo le llegara a suceder a usted. Eso puede ser, incluso, su seguro de vida.

—No sería mala idea. Es... es un riesgo terrible, señor Goldman, pero... pero sí. Se lo diré. Luego, no me culpe usted de nada. Ocurra lo que ocurra.

—No se inquiete —rió Goldman entre dientes—. Nadie puede nada contra mí, Leighton. Hable, se lo ruego. Es lo mejor que puede hacer.

Oscar Leighton pareció firmemente convencido. Se inclinó. Tragó saliva, humedeció sus labios nerviosamente, con la punta de la lengua.

Luego, pronunció un nombre.

Goldman pareció sorprendido en principio. Después, Leighton amplió su información y Goldman asintió repetidamente, con gesto de asombro y mirada perpleja.

—Está bien —dijo—. Váyase. Y si alguna vez se ve frente a esa persona... díglele que ya hay alguien muy poderoso que conoce su identidad. Puede incluso mencionar mi nombre. No tema. A mí, nadie va a hacerme daño. Nadie pudo nunca dañar a Sam Goldman.

Rió entre dientes, seguro de sí mismo. Agitó una mano, en señal de despedida. Se apartó de Oscar Leighton. Y este de él. Se dividieron sus caminos en la noche, entre los riscos de aquella zona donde las olas rompían en festones de espuma. Goldman volvió a su canoa. Despegó lentamente de los arrecifes. Se inclinó. Sacó algo que colgaba del motor fuera borda: un cable con una bolsa hermética, plástica, a su final. Introdujo allí las drogas recién adquiridas. Llevaban un contrapeso. Dejó caer el envoltorio. Se hundió, remolcado por la embarcación, de regreso al yate.

Algo, una sombra furtiva, parecía flotar en las aguas, junto a la liviana y silenciosa embarcación. La sombra se materializó de

repente. Se izó a la borda de la canoa. Goldman daba la espalda a la figura envuelta en la negra goma del traje de inmersión, con la máscara de las profundidades en el rostro, con el casco de goma ciñendo la cabeza, con las manos enguantadas de negro brillante, aferradas a la borda.

Una de esas manos alzó el fusil de pesca submarina. Apuntó a la espalda de Goldman. Éste, guiado acaso por un raro instinto, giró la cabeza entonces. Su rostro hebreo contempló, despavorido, la figura chorreante, negra y amenazadora.

Chilló, soltando una obscenidad, y su mano, rápida, fue a la axila izquierda, en busca de un arma automática, dispuesto a correr pocos riesgos con nadie.

El misterioso submarinista fue mucho más rápido que él. Chascó el arma, al dispararse. Hubo un sonido seco, sibilante.

El arpón salió disparado. Zumbó en el aire, vertiginoso. Alcanzó a Goldman en un ojo dilatado. Se hincó en él, con furia, con horrible chasquido, al reventar su córnea y su globo ocular.

Un alud de sangre y humor brotó del ojo vaciado. Aulló como animal herido el magnate de vida turbia. Aferró la larga empuñadura de la saeta submarina, pretendiendo desclavarla.

El asesino tiró del cable al que seguía sujeto el arpón. Como el que ha cazado un voluminoso ejemplar en las profundidades, tiró del herido ensartado tan horribilmente. Los alaridos de Goldman eran como los de un cerdo en el matadero.

Su corpachón se vino a la misma borda de donde tiraba el submarinista de goma negra. Cedió el peso de ese modo. Se volcó la lancha estrepitosamente. Goldman quedó debajo, en el hueco que formaba la lancha. Su agresor, impávido, nadó junto a la canoa volcada, tirando de ésta y del cable. Rodeó con éste la canoa. Luego, lo ató al timón. Muy tenso, muy tirante.

Así, mientras la canoa flotaba, sin poderse volver a su posición normal, debajo, lentamente, iba asfixiándose un hombre, con un ojo perforado, forzosamente sujeto al cable que le ligaba, prietamente, a la embarcación.

Luego, el cuerpo negro y lustroso se desprendió de la canoa, nadó en la oscuridad, hacia la playa. Regresó a los arrecifes. Como buscando algo más. A alguien más.

Oscar Leighton, asustado, miró atrás.

Estaba seguro de haberlo oído. Un grito. Un agudo grito de terror, de angustia, de dolor acaso. Hubiera jurado que era la voz de Goldman.

Goldman, el omnipotente, el hombre que no tenía miedo a conocer el nombre de un asesino. Quizá con ello había firmado su sentencia de muerte. Y ni siquiera le había hecho favor alguno a él.

Se detuvo, sudoroso. Se enjugó la transpiración de un manotazo. Escuchó, esperando captar algo más. Nada. El silencio, el rumor del agua en los arrecifes, la noche oscura, las lucecillas del yate. Y la ignorada suerte de Goldman en su canoa.

¿Había llegado a su nave? ¿Había sucedido algo en el camino?

Sintió miedo. Mucho miedo.

El asesino.

Sabía su nombre, su identidad, sus motivos. Lo sabía todo. ¿De qué le servía? No podía ir ahora a la policía y contarle eso. Nadie le creería. Además, estaban buscándole. Le considerarían sospechoso. O culpable.

Y Goldman. Maldito Goldman, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué no sabía nada de él?

Leighton avanzó entre los peñascos, en busca de la senda que conducía a terrenos menos abruptos, más firmes y seguros. Llevaba consigo dinero, mucho dinero. Y miedo. Mucho miedo.

—Yo tuve la culpa —jadeó—. Fui el primero en saberlo. Esa ficha La diagnosis electrónica. Se lo conté a Candy. ¡Oh, Dios! ¿Por qué tuve que contárselo a día? Las mujeres... Malditas mujeres. No pueden permanecer calladas. Así tuvo que enterarse. Yo sé por qué lo está haciendo. Lo sé. Y nadie puede sospechar ese motivo. Nadie, Dios mío. ¡Matará a todos! ¡A todos los que lo sepan! Y luego... ¿qué ocurrirá después?

Le pareció oír ruido a sus espaldas. Se volvió, alarmado. No vio nada. Aferró un peñasco, dispuesto a pelear, a luchar por su vida, si era preciso. No vio a nadie. Sólo las formas rocosas, negras, bañadas por el mar, allá en la orilla. A veces, las rocas eran tan oscuras que parecían agazapadas formas vivientes. Como envueltas en goma negra, mojada, tal era su tono oscuro, su brillo al bañarlas las olas.

De repente, una de esas negras rocas, ya no fue roca. Siguió siendo negra, lustrosa.

Pero no era una roca.

Era... un ser humano. Una figura erguida, amenazadora, implacable. La figura de un ser envuelto en negra goma, en un casco de igual material, con unas gafas de inmersión, con guantes negros, brillantes.

—No —siseó Leighton, estremecido, convulso—. Ah, no, no... No puedes... No puedes hacerme eso a mí. No, no. Sé quién eres. Lo sabe también otra persona. ¡Alguien que vive, nunca podrá sufrir daño! ¡El hablará si algo me sucede a mí!

Una risa hueca, fría, desdeñosa. Una risa despectiva, cruel. Tropezó en las rocas. Cayó. Miró, despavorido, a la figura erguida ante él, vigorosa y dominante. Creyó adivinar el brillo, la luz de aquellos ojos malignos, fijos en él desde detrás del empañado vidrio de la máscara submarina.

—Primero fue Candy... —gimió Leighton—. Luego, la chica de las computadoras. Ahora, yo...

—Y Goldman.

Había dicho eso. En un susurro espectral. Con voz escalofriante. ¡Goldman! Había mencionado al otro. Por su nombre. Goldman. Acaso muerto ya.

—¡Oh, no, no! —aulló—. ¡Piedad! No diré nada, no hablaré. Juro no revelar nada de todo eso, mantener el secreto hasta el fin...

El misterioso submarinista no escuchó más. No le dejó continuar. Sencillamente, había extraído con gesto rápido su ancho cuchillo para las profundidades, de su funda de goma en la cintura. Lo arrojó sin vacilar sobre Leighton.

Éste se encogió, al sentir el impacto del afilado, ancho acero, en su propio estómago. Cayó de rodillas, con expresión de terrible estupor. Se aferró la empuñadura con ambas manos. Por entre los dedos le brotó la sangre. Pretendió extraerlo. Le fallaron las fuerzas. Miró lastimosamente a su asesino.

Éste, impávido, llegó a él. Una sola mano bastó. Tiró de la empuñadura. Sacó el cuchillo, afilado y sangrante. Implorante, Leighton elevó su cabeza. La sangre brotaba ya tumultuosa.

—Piedad... —gimió en vano.

Su asesino no dudó. El cuchillo que poco antes se clavara en su estómago, ahora trazó un movimiento en abanico. Un arco rápido, perfecto, horripilante. De oreja a oreja.

Degollado, con el ojo tumultuoso invadiendo de súbito todo su

cuello, desde debajo del mentón, el infortunado Oscar Leighton desorbitó sus ojos, boqueó, en un espasmo terrible, y cayó de espaldas, agitándose convulso entre las negras rocas, a medida que la sangre y la vida huían de su cuerpo estremecido.

Calmosa, imperturbable, la negra figura envuelta en goma se alejó del moribundo, sin preocuparse ya más de él. Tierra adentro. Dé regreso a alguna parte.

Allí quedaban dos cuerpos. Dos personas sin vida. Una, flotando bajo una charca, en el mar. La otra, ensangrentada sobre el litoral.

Dave Martin supo que había llegado tarde.

Lo supo, apenas se encontró ante el reguero escarlata, revelado por su linterna eléctrica, de potente foco proyectado al suelo. Esgrimía la luz con su zurda. La derecha empuñaba, con decisión, una pistola automática, calibre 38.

Hasta ahora, la prevención resultaba inútil. No había culpable a la vista. No había asesino. Pero sí había víctima.

Allí estaba Oscar Leighton. Tendido sobre las rocas. Degollado. Además, su estómago era un manantial escarlata, ya seco y coagulado. La mirada desorbitada, vidriosa, se clavaba en el cielo oscuro, que pronto clarearía por el lado del azul Atlántico.

Se estremeció Dave Martin. Era horrible. La primera vez que presenciaba algo así, directamente. El profesor Bergman descubrió los anteriores. Éste le había tocado a él. Por temerario, por obstinado y entrometido.

En cuanto supo del papel de Goldman en el tráfico de Leighton, averiguó dónde anclaba Goldman su yate. No fue difícil averiguarlo. Y vigilar esa noche, mientras el agente le vigilaba desde la calle, esperaba en vano, tras salir él por otro acceso no controlado por los hombres de Harlan.

No había ido descaminado. El asesino también buscó por su cuenta, para dar con Leighton, acaso un testigo sospechoso.

Del lado del agua, llegó el ronroneo de una motora, acercándose a la costa. Llevaba proyector. Era una embarcación del servicio de guardacostas. Dio media vuelta Martin, intentando alejarse definitivamente de allí, donde ya no era de utilidad para nadie su presencia.

—No se mueva, doctor —avisó una voz glacial desde la sombra—. No me obligue a disparar sobre usted.

—¡Teniente Harlan! —masculló Dave, reconociendo su tono y timbre de voz.

—El mismo, doctor —se acercó con paso firme el macizo teniente de homicidios—. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Matar a Oscar Leighton, desde luego, no. Pero está muerto. Alguien lo hizo.

—Doctor Martin, no hace usted sino complicar su situación —se quejó amargamente el policía—. En primer lugar, por salir de su domicilio burlando a la policía. En segundo lugar, por venir a este paraje. Y en tercer lugar... por hallar el cadáver de Oscar Leighton. Precisamente usted, mi principal sospechoso.

Los guardacostas habían desembarcado a dos hombres que venían rápidamente hacia donde ellos estaban. Dave podía ver ahora, con el teniente, hasta un total de cinco hombres armados y decididos.

—¿Alguna novedad? —se interesó Harlan, dirigiéndose a los guardacostas.

—Una importante, teniente —informó uno, respetuoso—. Hemos hallado un cadáver.

—¿Otro? —Dio un respingo el policía.

—Pertenece a Sam Goldman, el millonario. Alguien le mató de un modo original y bastante cruel. Le clavaron un dardo de pesca submarina en el ojo, vaciándoselo. Luego, le sujetaron el cable del arpón a la barca, una vez volcada. Quiso salir del cepo, y no pudo, aunque su herida del ojo era ya gravísima. Flota muerto, bajo su canoa.

—Podríamos decir que los dos se mataron entre sí y mentiríamos —dijo Harlan, ceñudo—. Creo que estamos ante el tercer y cuarto asesinatos.

—Sí —afirmó Dave Martin—. Eso es lo que pienso yo también.

CAPÍTULO VIII

—Cuatro asesinatos ya, querida —el profesor Bergman cambió con su hija Mónica una mirada patética, de horror y de aturdimiento—. Es horrible, Mónica.

—Lo sé. El doctor Martin me ha referido hoy lo que sucedió anoche, en la costa. Leighton traficaba en drogas, robadas del almacén de este hospital. Pero también había algo más, sin duda alguna. Algo relacionado con el asesino. Algo que, según dicen, reveló a Goldman, firmando su sentencia de muerte.

—Es un secreto que se ha sepultado en sangre —resopló el biólogo—. Dudo mucho que si algo llegaron a saber Candy Danvers, Leighton, Goldman y la chica de las computadoras... alguien más pueda saberlo. El criminal ha sabido tapar, una a una, todas las bocas acusadoras.

—Y ahora, ¿qué va a suceder, papá? —quiso saber Mónica.

—No sé, hija —resopló fatigadamente el profesor—. Estoy dándole vueltas a algo.

—¿Relacionado con los crímenes, tal vez?

—Oh, no. No pensaba en eso ahora, Mónica, hija mía —sonrió apaciblemente el biólogo—. Hablaba de mis investigaciones. De ese pobre ratón muerto.

—¿El ratón ciego? —Mónica suspiró, encogiéndose de hombros con fatalismo—. Papá, no me explico cómo puedes perder el tiempo en esas cosas, por mucho que te apasionen, ahora que hay un asesino suelto, y todos peligramos en mayor o menor grado. Tú, que presenciaste un crimen, te encontraste con otro.

—Los crímenes son cosa de la policía, criatura —protestó Bergman—. Soy un científico, no un detective. Aun así, he pasado tiempo y tiempo tratando de recordar algo, pero en vano.

—Recordar, ¿qué? —Se intrigó su hija.

—No sé —la mirada del profesor vagó por el vacío en tanto

Mónica terminaba de colgar sus prendas de enfermera, substituyéndolas por sus ropas de calle, puesto que se iniciaba allí su día libre—. A veces, evocando minuciosamente lo sucedido aquella noche, ante el hospital me ha parecido recordar algo. Algo que no encajaba en la totalidad del cuadro, algo que me chocó por entonces, pese al momento de tensión y de sobresalto. Luego, no sé por qué, lo he olvidado. Por más que hago, no logro recordarlo.

—Pero sabrás lo que pueda ello ser, más o menos. A qué se refería.

—No. No recuerdo nada, hija —suspiró el profesor—. Admito que soy distraído, que fue algo puramente subconsciente y que no logro localizarlo entre mis recuerdos. De veras lo siento, hija. Tal vez algún otro día, cuando ya deje de preocuparme «Mickey» y su muerte.

—Otra vez el ratón ciego. ¿Por qué esa obsesión, papá, por algo que no tiene importancia, que acaso se deba a una simple enfermedad carencial?

El profesor Bergman respondió seriamente a su hija:

—Porque hoy, hija mía, he encontrado otro ratón ciego en mi laboratorio.

El hospital quedó atrás, con su enorme complejo de edificios luminosos en la noche, con sus jardines, sus centros clínicos, su personal de servicio, su ritmo febril de atención a toda clase de dolencias, enfermedades, accidentes e imprevistos.

El profesor Bergman iba taciturno y callado, camino de casa, con aquella jaula, envuelta en plástico transparente pero totalmente esterilizado, donde se hallaba el nuevo ratón con los ojos cegados. A su lado, Mónica también pensaba, pero en otros temas más transcendentales que un simple ratón ciego. Pensaba en cuatro asesinatos, en cuatro víctimas, en un sospechoso llamado doctor Martin.

—No puedo creerlo —dijo ella de repente.

—¿Qué es lo que no puedes creer, hija? —Se sobresaltó su padre, saliendo de su abstracción.

—Lo que sospecha la policía. El doctor Martin no puede ser un asesino.

—Claro que no. Estoy seguro de ello, Mónica. El culpable ha de ser otro. Dave es un buen muchacho. Está también preocupado con

esta cadena de muertes. Quiere averiguar algo aunque sea por su cuenta. Sabe que es el modo de quedar libre de toda sospecha. Él es el que más me ha alentado a seguir intentando recordar, saber qué pude ver aquella noche, qué cosa me chocó, hasta el punto de registrarlo mi subconsciente y no poderlo recordar ahora.

—Inténtalo, papá. Te lo ruego. Trata de recordar, de localizar esa idea.

—Ya lo hago —suspiró, sacudiendo la cabeza—. Pero no doy con ello, hija.

Hubo un silencio entre ellos. El coche llegó a su domicilio. Subieron a él. No era muy tarde, pero Mónica salió de la cocina, con un emparedado y un vaso de leche. Bostezó.

—Voy a acostarme, papá —dijo—. ¿Tú también te acuestas?

—Más tarde, querida —respondió él, pensativo. Contempló la jaula, el torpe ratón en ella—. Quiero darle un poco más de vueltas a este asunto.

—Muy bien —suspiró ella—. Si quieres algo, dímelo ahora, antes de conciliar el sueño. Me siento rendida.

—No, no hará falta nada —torció el gesto, escuchando el paso de los vehículos por la avenida, los ruidos de la población, la música de un cercano hotel al aire libre. Meneó la cabeza, soltando su auricular del oído—. Así estará mejor. Para trabajar, nada como el silencio.

Mónica apuró su emparedado y el vaso de leche. Se fue a dormir. El profesor Bergman se encaminó a su inmediata sala de trabajo, el pequeño laboratorio de su domicilio, situado al otro lado del *living*, contrario al dormitorio de su hija.

Dejó la puerta entreabierta, apagó el *living*, y se sumergió en su tarea, dentro del laboratorio iluminado.

Empezó a examinar a su ratón ciego, dentro de la jaula. Preparó una serie de sustancias y de anotaciones biológico-medicinales. Comenzó la tarea. Si de siempre se abstraía en su labor de investigador, ahora, sin sonidos que le distrajeran o molestasen, con el aparatito de plástico situado sobre un estante, se hallaba totalmente inmerso en su esfuerzo de científico.

Dentro de la jaula, el cobaya ciego se movía, aturdido, golpeándose acá y allá. Bergman comenzó a estudiar su proceso, a analizar sus tejidos, a vigilar los síntomas del cobaya, de los que fue

tomando nota pausadamente.

En la casa, el silencio era total. Sobre todo, para el hombre desprovisto del sentido auditivo, y además de su adminículo a transistores. Sumido ahora en una sordera absoluta y voluntaria.

La manivela de la puerta del piso giró suave. Muy suavemente. En silencio.

Hacía algún tiempo ya que dormía Mónica. Un tiempo que trabajaba el profesor. Más de una hora, tal vez.

Cedió la puerta. Unos ojos escudriñaron el interior. Una mano enguantada empujó la hoja de madera. Lenta. Muy lentamente. Un pie avanzó, calzado con goma negra. El rostro que se internó en la vivienda del profesor Bergman, tras abrir la puerta con una llave maestra, sigilosamente, era una máscara bajo un sombrero oscuro. Un paño negro con dos orificios para los ojos, convertían el rostro en un simple manchón informe. Sólo aquellos ojos, con su brillo ominoso, producían una sensación vivida, inquietante. Pero no había nadie para verlos. Mónica dormía. Su padre trabajaba abstraído, allá en su laboratorio.

Entró. Avanzó, tras cerrar la puerta sin ruido. El *living* estaba en sombras. Tropezó con un mueble. Lo golpeó sordamente.

Se detuvo el intruso. Su mano enguantada brotó de la negra chaqueta cruzada sobre el cuerpo del siniestro visitante. Entre los dedos, centelleó un arma afilada, punzante. Otro bisturí delgado y sutil, de filo incisivo.

Los ojos del visitante se clavaron en el estante, a la entrada del laboratorio. Allí estaba. El aparatito auditivo del profesor. La mente del intruso enseguida asoció eso con una idea clara: no importaban los ruidos.

Ahora avanzó de modo diferente. Con paso suave, pero firme, cruzando el *living* hacia el laboratorio. Sin importar ya posibles roces y ruidos.

Ajeno a todo ello, el profesor Bergman seguía su trabajo, abstraído en su labor. Le brillaban los ojos, temblaba levemente su mano. Parecía muy excitado por algo que iba descubriendo en su ratón ciego.

La mano asesina, enguantada, se movió hacia la puerta del laboratorio, a espaldas del profesor. Empezó a ceder la puerta. El profesor ofrecía su espalda indefenso. Todo iba a ser muy fácil.

Bergman clavó una pequeña aguja inyectable a su cobaya. Éste chilló, asustado, dolorido. La aguja estaba junto al filo de la mesa de trabajo, para mayor comodidad del biólogo. Al chillar, el ratoncillo se lanzó de lado, torpemente, chocó con los alambres, y derribó la jaula, arrastrando en la caída dos tubos de ensayo, una probeta y un vaso de mezclas, al caer. Chilló de nuevo el ratoncillo, ya en el suelo, en medio del estrépito.

Mónica despertó sobresaltada. Se irguió en su lecho, frotándose los ojos.

—¡Papá! —llamó—. ¡Papá! ¿Qué sucede?

No hubo respuesta. Su padre no podía oírla. Mónica saltó del lecho, tomó su bata y sus chinelas.

El visitante tuvo el tiempo justo de desaparecer tras una cortina. Se pegó a la pared, junto a un ventanal que cubría esa cortina. Esperó, reteniendo el aliento.

Mónica Bergman salió al *living*, lo cruzó rápida, llegó al laboratorio. Vio a su padre recogiendo la jaula con el ratón. Los demás recipientes de vidrio se habían roto.

El profesor, al inclinarse, vio a su hija ante él. Se mostró excitado.

—Siento haberte interrumpido el sueño, hija —habló—. Ha ocurrido algo...

—Sí —suspiró ella—. Ha caído la jaula. Y un montón de cosas más, ¿no?

—¿Decías algo, hija?

Ella fue a por el auricular. Se lo puso con energía. Añadió:

—Ocurre que debes ir a descansar, papá. Mañana podrás trabajar más tranquilo.

Él se ajustó su aparatito. Sacudió negativamente la cabeza.

—No lo entiendes —dijo.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Lo que ocurre. He descubierto por qué se vuelven ciegos y mueren. Es horrible, Mónica.

—Papá, deja eso ahora...

—¿Es que no te das cuenta? ¡Es más, mucho más que simple biología, Mónica! ¡La enfermedad de estos cobayas no es por contagio entre sí! Es un mal que no se da nunca en los animales, a menos que un ser humano les haya contagiado.

—¿Un ser humano? —Frunció su ceño Mónica, intrigada—. ¿Qué significa?

—Significa que alguien ha contagiado a mis cobayas en el hospital. He identificado el mal, he aislado su virus. Es el llamado virus de Metzger. Un mal poco conocido, poco extendido, un rarísimo virus tropical muy frecuente en las Filipinas y sitios así. Ésa es la causa. Alguien, Mónica, alguien en el hospital, padece esa dolencia fatal, sin remedio conocido. Sin duda, pronto se le notará en su mirada, en sus ojos, que paulatinamente irán cegando. Ése es el primer síntoma, tras un inicio de manchas en la piel, de algunos sarpullidos...

—Y... ¿quién puede ser esa persona, papá?

—Es difícil saberlo. Pero hay unas fichas clasificadas, rigurosamente seleccionadas y archivadas. Me refiero al diagnóstico electrónico. Todo el personal de la Ciudad Sanitaria está allí registrado. Figuran sus indicios personales, toda clase de síntomas.

—Las computadoras... Pero papá, fueron atacadas por alguien, borrada parte de su «memoria», posiblemente robadas las fichas médicas —se abrieron mucho los ojos de Mónica—. Papá, no significará eso que...

Afuera, en el *living*, hubo un ruido. Cayó una silla. Mónica cambió una mirada de sobresalto con su padre. Ambos corrieron a la sala, dieron la luz...

La cortina de la ventana se agitaba. Las vidrieras estaban abiertas. Rápidos, se asomaron padre e hija al hueco, buscando la causa de todo aquello.

Llegaron a tiempo de ver, saltando ya la escalera de incendios al suelo, una figura elástica, vestida enteramente de negro. Se perdió por la esquina inmediata, camino del bulevar.

—¡El asesino! —jadeó, lívida, Mónica Bergman.

—Me temo que sí —afirmó roncamente su padre—. Por mí, sin duda. Alguien teme que yo recuerde qué vi de extraño en aquel hombre.

Mónica, rápida, llegó al teléfono. Lo descolgó llamando a la policía. Su padre la miró, pensativo.

—Será inútil, hija —declaró—. El asesino ha huido. Ya es demasiado tarde.

—Algo hay que hacer para combatirlo, para dificultar sus

acciones, ¿no?

—Eso es evidente. Pero recuerda: tenemos el diagnóstico electrónico. Hay que localizar una ficha, la del paciente que sufre ese mal tropical, incluso peor que la misma lepra. Los animales mueren deprisa. Los humanos, no. Luego arrastran su ceguera y su piel escamosa durante meses o años. Son como en antiguos lazaretos. Nadie se puede aproximar a ellos.

—Y tú crees que alguien...

—Sí, yo creo que alguien ha eliminado a cuántos sabían de su dolencia. Leighton lo descubrió en alguna ficha cibernética, y se lo comunicó a Candy, su amiga. Ella debió hablar de más, fue vigilada y la mataron. Luego, la empleada de computadoras descubrió algo. Fue silenciada también. Leighton sabía mucho. Murió. Quiso informar a Goldman, sin duda, como un medio de protección. El asesino no dudó en eliminar a ambos.

—¿Y ahora...?

—Ahora, hemos de ir deprisa. O nuestras vidas también correrían peligro. Deja que hable yo al teniente Harlan. Yo le convenceré de que hay que hacer algo, y pronto.

—Sí, papá —y le tendió el teléfono para que lo utilizase.

—¿Resultado?

—Negativo.

—¡Negativo! No es posible, doctor Russell.

—Ustedes mismos lo han comprobado. Todas, absolutamente todas las fichas sanitarias obtenidas por computadora, están ahí clasificadas y registradas. No falta una sola, caballeros.

—¿Y si faltase realmente... y se hubiera sustituido por otra vulgar? —sugirió el doctor McDivitt.

—Si alguien ha sido lo bastante astuto e inteligente para tal cosa, sin dejar huellas del fraude, necesitaremos meses para obtener la ficha duplicada de todos y de cada uno de los miembros de este centro hospitalario —habló el especialista en Medicina Cibernética.

—Lo cual complica las cosas enormemente —señaló el doctor Russell, gravemente.

—Cierto. Si la «memoria» ha sido manipulada y borrada parcialmente, habrá que volver a programar todo, y esperar que no haya fallos en el examen individual de todos nosotros.

El teniente Harlan, que escuchaba en silencio toda la charla,

intervino con tono seco, grave:

—Señores, dejen de discutir la cuestión. Su teoría sigue pareciéndome fantástica, pero estoy dispuesto a aceptarla y esperar los resultados, siempre que todo se haga ordenada y minuciosamente. Sólo si el resultado vuelve a ser negativo en todos sus puntos, la policía renunciará a seguir llevando el asunto en ese sentido. Mientras tanto, de todos modos, seguiremos adelante por nuestro propio camino, en busca de otra posible solución menos descabellada.

—Ésa es una idea sensata —aceptó Dave Martin, pensativo—. Pero no quisiera aplazar más mi boda, teniente. Y si esa labor va a llevar semanas y semanas, ¿cómo resolver Nelly y yo nuestra situación? Usted nos ha prohibido desplazarnos en luna de miel, teniente.

—Es cierto. Y sigo prohibiendo a todo el que esté mezclado en esto, que se ausente de Daytona Beach bajo pretexto alguno.

—Pero, cuando menos... podremos casarnos, ¿no, teniente? —sugirió con suavidad Nelly.

Harlan les contempló pensativo. Al final, se encogió de hombros.

—Claro. Si renuncian a su luna de miel... —comentó.

—La pasaremos en Daytona Beach —sonrió Nelly—. ¿Qué te parece, Dave?

—Horrible. Pero es mejor que nada —tomó las manos de Nelly con vigor. Las oprimió cariñosamente—. Hecho, querida. Nos casaremos esta misma semana, como habíamos convenido. No más aplazamientos.

—No más aplazamientos —dijo, risueña, Nelly. Y rió nerviosamente, rodeando con sus brazos a Dave Martin—. Oh, Dave, Dios quiera que seamos todo lo felices que yo deseo.

—También yo lo espero así, mi vida...

Se abrazaron. Se besaron fugazmente. El teniente Harlan sacudió la cabeza, malhumorado.

—Les felicito de todo corazón —dijo—. Y espero que no me guarden rencor por obligarles a permanecer aquí... y vigilados por mis hombres.

—¿Vigilados? Le damos nuestra palabra —dijo Martin—. No vamos a escapar.

—No pensaba yo ahora en eso, sino en el hecho de que todavía

no sé a quién pretendió hacer daño el asesino cuando visitó el gimnasio. Y si al profesor Bergman, por ser testigo del primer crimen, estuvieron a punto de asesinarle también, ¿por qué no temer por la posibilidad de que usted, señorita Forbes, futura señora Martin, pueda correr también peligro, durante su luna de miel?

—Es una posibilidad inquietante —admitió Dave—. Pero yo diría que no es muy descabellada. Parece como si todo el que hubiera tenido algún contacto con el asesino, esté sentenciado a morir. Aceptaremos su escolta, teniente Harlan, mientras se siga desconociendo quién fue la persona cuya ficha clínica señalaba los síntomas del mal de Metzer.

—Gracias, doctor Martin. Su espíritu de cooperación es muy encomiable —dijo con sarcasmo el teniente Harlan.

CAPÍTULO IX

—¿Feliz, Nelly?

—No del todo. Pero aun así... muy feliz, sí.

—Nosotros habíamos soñado con otra clase de boda, Nelly. Con otra alegría, otra fe en el porvenir...

—Los crímenes tuvieron la culpa. Han ensombrecido nuestro propio horizonte, Dave.

Martin asintió, mirando pensativo a la joven. Contempló la distancia. Las olas rompiendo en la playa y en los arrecifes, el *bungalow* en el litoral, asomado al Atlántico... A su alrededor, soledad y calma. Pero muy cerca, las luces de Daytona Beach, empezando a brillar ya en el atardecer.

Dave fue a la mesa redonda, cubierta con el mantel a cuadros blancos y azules. Sobre ella, dos candelabros con velas de color. Unas rosas en un recipiente de vidrio. Los platos y cubiertos, las copas. En otra mesita adosada, el cubo de hielo con champaña.

En medio de la mesa, el asado. Y la ensalada, los entremeses...

—Nuestra cena de bodas —sonrió Dave.

—Sí —musitó ella, risueña, perdida la mirada en la distancia—. Nuestra noche de novios, querido...

—La ceremonia fue muy sencilla, Nelly.

—Pero encantadora. Maravillosa —le puso una mano en la suya. Le sonrió dulcemente—. Ahora, nada me importa ya. No tengo miedo a nada. Ni a morir tan siquiera. Sólo sé que estoy para siempre a tu lado. Unidos los dos... hasta que la muerte nos separe, como dijo el sacerdote, ¿recuerdas? Pero cuando dos seres se aman, ni la muerte puede separarles, estoy segura de ello, Dave.

—Sí, yo también —asintió él, preocupado. La miró, grave la expresión—. ¿Por qué hablar de la muerte hoy y no de la vida? No hay peligro alguno aquí. He venido armado. Tengo una pistola, Nelly.

—Lo sé. ¿Crees que te hará falta?

—Nunca se sabe. Puede venir el asesino... —Sacudió la cabeza, con energía—. No. Creo que no vendrá.

—Claro que no —sonrió ella—. No tiene por qué pensar en nosotros. Vivimos al margen de crímenes, de sangre, de horrores. Soy tuya, Dave. Enteramente tuya. Y tú... mío. Un sueño hecho realidad.

—¿Tanto me amas, Nelly?

—No lo sabes bien —musitó ella. Se puso de rodillas ante él, cuando Dave se hubo sentado. Apoyó sus manos en las piernas de su flamante esposo—. Cuando eras el amigo de esa chica rubia, Candy Danvers... sufría mucho viéndote con una mujer de semejante clase. Pero pronto comprendí que era sólo un pasatiempo, una aventurilla fugaz. Eso me alegró. Me dio esperanzas, ánimos... Y vi que era cierto. Podía confiar. Te fijabas en mí, Dave...

—Siempre has sido atractiva, femenina —sonrió. Dave.

—Yo decía que una gimnasta, una profesora de cultura física, no podía tener femineidad. Veo que me equivoqué, Nelly.

—Sí, Dave. Soy muy femenina. Mucho. Y cuando amo, lo hago apasionadamente. Sólo he amado dos veces en mi vida: una, a mi padre. Era médico y misionero. Le ayudaba en su tarea, en sitios cálidos y llenos de miseria y de dificultades, entre mosquitos y ciénagas. Mi padre era un gran hombre. A veces tenía que operar a un enfermo con un vulgar cuchillo calentado al fuego. Yo le ayudaba. Y era casi una niña. El murió. Yo seguí adelante, sola en la vida. No amé a nadie más... hasta que conocí al joven y guapo doctor Dave Martin...

—Nelly, eres maravillosa —la alzó con ambas manos, la besó. Luego, la hizo sentar frente a él. Encendió las velas de colores. Ni una luz más en la terraza, salvo las cuatro velas, agitadas por una tenue brisa marina, salobre y cargada de yodo, y el lejano reflejo de las luces del litoral.

Descorchó Nelly el champaña. Se dispuso a echar en ambas copas. De repente, se irguió. Escuchó, tensa. Dave levantó la cabeza. La miró, pensativo.

—¿Ocurre algo? —quiso saber.

Ella le hizo un rápido gesto. Sus ojos brillaban, excitados. Su gesto se dirigió al interior de la casa. Dave enarcó las cejas.

Entendió. Por si no hubiera sido así, se repitió lo que, sin duda, había captado el oído agudo de Nelly.

Un sonido breve, seco, cristalino. Como si alguien moviera una ventana o una vidriera. O como si la estuvieran rompiendo, dentro de la casa.

La tensión crispó el rostro de Dave. Nelly dejó el champaña en el hielo, otra vez, tras el taponazo seco de su apertura. Ambos se miraban en silencio.

—Tal vez no sea nada —susurró Nelly—. Se ha levantado algo de brisa...

—Todo está cerrado —rechazó Dave en un murmullo. Caminó hasta un mueble arrinconado junto a la puerta balcón de la terraza del *bungalow*. Tomó de una gaveta su automática de calibre 38. Se sintió más seguro. Comprobó que estaba cargada. Guiñó un ojo a su esposa.

—Calma —musitó—. No te muevas por nada del mundo.

Negó Nelly. Dave Martin, sin soltar su arma, avanzó decidido. Sin hacer ruido, pisando cautamente. Ella se quedó sentada en la mesa, la mirada fija en las velas. Dave cruzó el amplio *living*.

Alcanzó el acceso a la escalera que descendía al vestíbulo del pintoresco *bungalow* sotero. Otra escalera lateral, subía a las dos habitaciones del piso alto. Una de ellas era su cámara nupcial improvisada.

El ruido se reprodujo, nítido. Abajo. Cerca de la puerta de entrada. Dave controló sus nervios. Si había un intruso, no debía excitarse demasiado. No sentía temor por sí mismo. Nunca lo tenía. Sólo pensaba en ella. En Nelly...

Descendió. Paso a paso. Llegó al vestíbulo. Miró en torno, sin encender las luces. Se filtraba claridad por las vidrieras, procedente de la autopista cercana. Esperó, conteniendo la respiración. Su mente funcionaba deprisa y con lucidez.

No ocurrió nada en principio. El silencio era absoluto. Luego, de repente, el sonido de vidrios fue más claro. Se quebraron unos cristales violentamente, contra el suelo. Una sombra flotó, oscura y densa, súbitamente, ante los ojos de Dave.

El joven médico disparó a quemarropa. Retumbó el seco estampido del arma de fuego. Arriba, un grito agudo. Nelly chilló, angustiada:

—¡Dave, Dave...!

No ocurrió nada. Dave Martin encendió la luz con gesto rápido, dispuesto a disparar de nuevo.

Se sintió furioso. Irritado. Y casi se rió de sí mismo, de sus temores, de los de Nelly.

No había sucedido nada, Absolutamente nada. Una ventana de guillotina, junto a la puerta, se había cerrado bruscamente. Al pie de ella, una pequeña botella de refresco yacía, hecha añicos. La cortina, agitada por el golpe de aire al cerrarse la puerta, imitó una figura oscura y fantasmal.

Era fácil imaginar lo sucedido. La botella de refresco debió quedarse entre la guillotina elevada y el alféizar. La brisa la fue haciendo ceder, al establecerse corriente de aire. Y eso fue todo...

Dave resopló, aliviado. Tras él, sonaron pasos rápidos. Nelly bajaba, alarmada. La retuvo, subiendo a reunirse con ella. El aire olía a pólvora.

—No es nada —dijo, sonriente—. Sólo un error. Vi fantasmas, Nelly. Perdona.

—Cielos, más vale así, Dave. Me asusté terriblemente...

Subieron juntos a la terraza. Nelly iba nerviosa. Tropezó dos veces subiendo. Al fin se sentaron en la mesa. Nelly sirvió champaña en las dos copas. Su pulso temblaba con violencia. Dave Martin tomó la copa. La elevó.

—Brindemos, Nelly. Por nosotros dos...

—Por nosotros, Dave...

Alzó la copa. Bebió. Dave también subió su copa. La puso en los labios. Sopló aire con fuerza otra vez. Se apagaron dos velas. Dave suspiró, dejando la copa en la mesa. Tomó su encendedor. Prendió las dos velas.

Nelly dejó la copa en la mesa. Sonrió ampliamente, exhalando un suspiro de alivio.

—Solos los dos... —murmuró—. Solos tú y yo. Y la eternidad...

—Bueno, algo menos que la eternidad —sonrió Dave, tomando de nuevo su copa de champaña y elevándola hacia los labios—. Pero nuestro amor sí será eterno, no hay duda. Hay cosas que van más allá de la muerte... Diablos, otra vez ese tema. ¿Por qué no hablar de largos años de dicha, de vida, de felicidad...?

—Dicha, vida, felicidad... Largos años... —Nelly respiró hondo

—. No, Dave. Eso es imposible.

Lo dijo tan amargamente, que Dave la contempló, extrañado. Dejó la copa de nuevo.

—¿Imposible? —murmuró—. ¿Por qué motivo, Nelly?

—Porque tu destino es el mío. Y el mío, es el tuyo... Dave, ¿no has notado al beber... que el champaña sabe bastante amargo?

—¿Amargo? —Dave arrugó el ceño. Miró su champaña. La miró a ella. Señaló la copa, llena aún—. ¿Cómo voy a notarlo, sí...?

—Sí. El vino espumoso disimula el amargor del veneno, Dave —habló apaciblemente Nelly.

—¿Veneno? —Él sacudió la cabeza—. ¿De qué hablas, Nelly?

—Del veneno que iba en el champaña. Para ti y para mí, Dave querido...

—¿Qué extraña broma es ésta? —indagó el joven médico.

—Lo terrible es eso: que no es broma. Has bebido champaña. Como yo. Basta media copa. Hay suficiente veneno para matar a un elefante, Dave. Quise estar segura.

—Segura... ¿de qué, Nelly?

—Segura de que no era inútil todo cuanto hice. Segura de que, después DE MATAR A TODAS ESAS PERSONAS... no iba a perderte definitivamente en el último momento...

—¡Nelly!

—Sí, querido. Estás en la jaula. En mi jaula. En la de otro pobre ratón ciego... —Se quedaba mirando, muy fija, las velas encendidas—. ¿No entiendes, Dave? ¿No entiendes?

Alargó la mano. Tanteó en vano. Dave puso ante ellas las velas. Casi rozó su mano. Ni lo advirtió, salvo en el calor, que le hizo apartar la mano débilmente.

—Nelly... —dijo roncamente—. No. Tú... TÚ NO...

—Sí, Dave. Yo lo hice. Yo soy el asesino que buscan. Yo soy el ratón ciego que está empezando a morir...

CAPÍTULO X

—Nelly...

—Pero no estoy sola en mi jaula —rió—. Tú estás conmigo, amor... Tú vas a morir a mi lado... Piadosamente. Siendo mío. Y yo tuya. Por ti lo hice todo. Sólo por ti, Dave.

—Nelly, ¿qué horrible cosa estás diciendo...?

—No, no es horrible... Filipinas, el trópico... Mosquitos, paludismos, fiebres... Enfermedades tropicales, desconocidas a veces... Mi padre murió de ella. El mal de Metzger. El tremendo virus sin remedio, Dave...

—Nelly... Y tú... tú...

—Yo llevaba el mal en mí. No lo supe hasta el día que la computadora dio mi ficha clínica. Leí los síntomas. Comprendí lo que sucedía. También Leighton, maldito sea él. Se lo refirió a su amigueta, Candy. Ella, celosa de mí a causa tuya, quiso avisarme, me amenazó con revelarte la verdad, si no te dejaba en el acto. No te dejé, Dave. No hubiera podido hacerlo. Maté a Candy. Como maté luego a Leighton, que lo sabía todo. Y a Goldman, que había sido informado... Y maté a Dianah Burns, la chica de Cibernética, por descubrir mi ficha... Tuve que borrar la «memoria» electrónica, poner una ficha falseada, con mi número de control...

—Nelly, es monstruoso...

—No sé si lo es. Hay quién mata por dinero, por ambición, por odio. Yo ni siquiera odiaba a esa gente. Maté por amor. Por conservarte a ti. Por llegar a ser tuya, por ser tu esposa, por morir a tu lado. Y tú conmigo, Dave, porque no podría morir feliz sabiendo que luego pertenecerías a otra... ¿Comprendes ahora? Aquel día, en el gimnasio... No había nadie. Sólo tú y yo... Yo solté mis prendas ensangrentadas, me tiré a la piscina para disimular. Tu inoportuna visita me puso en problemas ese día... También tuve que burlar a los policías, saliendo por un tejado, mientras cuidaban de mí... Y

usé tus prendas, al matar a Candy, saliendo y entrando en el hospital con llaves duplicadas... El caso era desvirtuar las pruebas. Si te arrestaban, tenía pensado matar a cualquiera, para darte una coartada segura y dejarte libre...

—Nelly, ¡qué horror...!

—Yo puse esa botella abajo, Dave. Sabía que la corriente de aire acabaría por tirarla, haciendo ruido. Necesitaba tu ausencia para... para envenenar el champaña... Cuando has subido, todo estaba hecho ya.

—No, todo no —negó Dave—. Tú has empezado ya a cegar, Nelly. No ves, ¿verdad?

—No, no veo —le miró, con ojos vacíos. Dave sintió una infinita tristeza, un horror silencioso y sin límites hacia aquella criatura adorada, hermosa y apasionada, que revelaba tan terrible abismo pasional—. He empezado mi lenta agonía. Será rápida con el veneno. Disponemos de pocos minutos, Dave. Tú también. Ya nada tiene remedio. No me odies, cariño. No sientas ningún odio por mí. Ni rencor. Es hermoso morir juntos... Ven aquí. Perdóname. Trata de comprenderme...

—Quizá si hubiera bebido el champaña... comprendería. Y perdonaría —sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Se inquietó ella, su vacía mirada fija en la nada.

—El destino, acaso un superior designio, no sé... Decidió que no bebiese. Las luces, Nelly. Se apagaron. Encendí las velas de nuevo, por si era mala suerte beber champaña en el brindis... sin luz en dos de las velas de los candelabros...

—Dave, no...

—Y dejé mi copa sin probar, en la mesa. Tú hablaste luego... Sí, huele amargo, Nelly. Y empecé a pensar, a entender... Vi tus ojos sin luz, vi que ni siquiera te habías dado cuenta del apagón de las velas...

—Dave, ¿no... no has... bebido? —Su voz rota era un sollozo amargo, desolado.

—No, Nelly —se puso en pie lentamente—. Ni una sola gota...

Nelly emitió un grito ronco. Antes de que él pudiera evitarlo, echó a correr, desesperadamente. Trató de interceptarla, de alcanzarla. Todo en vano.

—¡Nelly, no! —gritó—. ¡Espera...!

—¡No me verás agonizar ante tus ojos! —chilló ella.

Y salvó la barandilla asomada al acantilado.

Dave Martin se quedó inclinado sobre la barajada, los brazos extendidos al vacío, las manos engarfiadas, crispados los dedos sobre un raso del traje de cóctel, que resbaló sin permitir aferrarlo.

El cuerpo de Nelly volteó en la noche, en la distancia. Terminó su viaje allá en los arrecifes playeros, con un golpe sordo. Las olas espumeantes cubrieron suavemente, en Lin vaivén lúgubre, el cuerpo inmóvil.

Dave cerró sus ojos. El aire húmedo agitó su cabello, llenó de frescor vivificante su rostro. Retrocedió, muy despacio. Fue al teléfono.

Lo descolgó. Llamó a Harlan.

—Venga, teniente —pidió al oír su voz—. Es urgente. Y grave. No le digo más... No podría hacerlo...

Colgó luego. Caminó hasta la terraza. A esperar. Se dejó caer en la silla. Apartó la copa de champaña. El licor dorado olía ahora a un intenso perfume amargo. Contempló las velas. Un candelabro había vuelto a apagarse.

—¿Por qué, Nelly? —susurró—. ¿Por qué...?

Y como no había respuesta para todo, se quedó ensimismado, callado, la cabeza baja. Esperando al teniente Harlan, de Homicidios.

—Olvidará algún día, doctor Martin.

—¿Olvidar? No sé, profesor Bergman...

—Claro que olvidará. Siempre ocurre así, muchacho. Sería terrible vivir siempre aferrado a recuerdos ingratos...

—Es que yo... creo que yo la amé, profesor.

—Claro que la amó. Y ella a usted, aunque a su modo, que era terrible, absoluto, egoísta, devastador. Pero humano y comprensible en el fondo. Pobre muchacha enferma, sentenciada a un final horrible... De haber sabido usted lo de su mal, ella estaba segura de que, irremisiblemente, le hubiera perdido para siempre. Quiso morir con usted. Quiso alcanzar lo único que pensaba que valía la pena en el mundo. Y casi lo alcanzó...

—Sólo un incidente absurdo, un soplo de brisa, dos velas que se apagan...

—Así es el mundo, doctor Martin. Está hecho de minucias, de cosas ridículamente pequeñas, que luego tienen una enorme importancia...

—Profesor, usted... usted ¿llegó a saber qué era aquello que quería recordar y no podía, en relación con su testimonio del primer crimen?

—Sí, doctor Martin. Lo recordé... al saber que ella, Nelly, era la culpable. Yo había visto a alguien con traje de hombre, de cirujano. Con fuerzas de hombre. Pero NO ERA UN HOMBRE. Y mi subconsciente registró ésa anomalía. Lo que yo vi fue una mujer fuerte, habituada a ejercicios físicos, a deportes... vestida de hombre. Su propia contextura atlética, su energía física, contribuyeron a crear la falsa impresión. Pero sin advertirlo, yo sabía que era falsa.

—Ahora, todo está claro ya —suspiró Dave Martin. Inclino la cabeza—. He pedido unas cortas vacaciones, profesor. Voy a necesitarlas.

—Claro, doctor. Debe ausentarse un tiempo de aquí. Tratar de olvidar. Cuando regrese... —Bergman miró a su hija, que acababa de entrar en la amplia, blanca sala luminosa, de grandes vidrieras por las que entraba un sol radiante—. Cuando regrese, doctor Martin, estoy seguro de que todos estaremos esperándole con ilusión, deseosos de serle útiles en todo.

—Gracias, profesor —murmuró Dave.

Fue al colgador. Dejó su bata blanca. Tomó su chaqueta. Al volverse para salir, se encontró con la mirada de Mónica Bergman, fija en él. La joven y bella enfermera, le sonrió dulcemente.

—Doctor, espero verle pronto por aquí otra vez —dijo ella, con voz ahogada.

—Gracias, Mónica —sonrió él apagadamente—. Volveré, esté segura de ello.

—Lo estoy —hubo firmeza en su mirada—. Si algo tiene usted, es valentía y decisión. No es de los que desertan, doctor Martin.

—No, no me gustaría desertar. Sobre todo, si creen necesitar me aquí.

—Más que, eso, doctor —decidida, le puso una mano en su brazo—. Le necesitamos... y le recordaremos día a día. Esté seguro de ello.

—Mónica, gracias por esas palabras. —Dave Martin la miró con simpatía. Oprimió aquella mano de ella cordialmente—. Volveré. Palabra...

—Sé que volverá. No tiene que prometerlo, doctor.

Martin sonrió. Fue a la salida. Se volvió. Agitó su mano, despidiéndose del profesor Bergman. Luego, de Mónica, que tenía humedad en sus ojos profundos.

Salió el joven cirujano.

Mónica inclinó la cabeza. Enjugó una lágrima. Su padre se acercó. La rodeó con un brazo, amorosamente.

—Es cierto, hija. Volverá. No sufras por él.

Sorprendida, miró de soslayo a su padre. El profesor sonrió.

—Recuerda, Mónica, hija mía —habló—. Sigo siendo un viejo sordo... pero no ciego. No soy un pobre ratón ciego... sobre todo para mi propia hija y sus sentimientos. Espero que en el futuro, tampoco Dave Martin sea ciego para ciertas cosas...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

